

Ceferino ^{olafy}
NAMUNCURÁ



LECTURAS CATOLICAS
AÑO XC - ABRIL DE 1955 - ENTREGA 852

S. D. B.

CEFERINO NAMUNCURA

Anécdotas y gracias

EDITORIAL DON BOSCO

DON BOSCO 4053 - BUENOS AIRES

Con aprobación eclesiástica

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

PRINTED IN ARGENTINA

IMPRESO EN ARGENTINA

A los cincuenta años

El 11 de mayo de este año 1955, se cumple el Cincuentenario de la muerte del **Siervo de Dios Ceferino Namuncurá**, el indio patagónico que desde Chimpay del Río Negro argentino llegó hasta la Ciudad Eterna.

Nadie hubiera imaginado que aquel indiecito venido de los últimos confines de la tierra, estaría ocupando hoy la atención de todo el mundo, suscitando una legión de admiradores y devotos en todas las capas sociales y demostrando un extraordinario poder de intercesión para toda clase de necesidades.

Su tumba en Fortín Mercedes es meta incesante de romerías y sus estampas-reliquias, como la flor del cardo, toman vuelo para todas las direcciones; mientras su simpática figura resalta allá en la Basílica de San Pedro, pronto para pasar a la voz de la Iglesia de la mano de Don Bosco a la gloria del Bernini.

Así Dios se complace en exaltar a los humildes y a

las razas que parecieran ocupar el último lugar en el cuadro de las jerarquías humanas.

Lecturas Católicas, respondiendo al clamor de los devotos del buen Ceferino, se asocian con este número especial de 20.000 ejemplares a este Cincuentenario, publicando la vida de Namuncurá, en forma de **anécdotas** vividas y de **gracias** otorgadas por él, que sabemos son del agrado de nuestros lectores.

A los cuales pedimos en compensación, que se acuerden de elevar fervorosas oraciones para la pronta Beatificación y Canonización del que es llamado: **El Príncipe Araucano, El Muchachito de las Pampas, La Flor del Desierto, El Lirio de la Patagonia, El Santito de la toldería, El Santito Criollo, El Domingo Savio de color.**

LA DIRECCION.

Invasión desde la Araucanía.

Un día de 1835 llegan a *Salinas Grandes*, capital de los vorogas, en el interior de la provincia de Buenos Aires, unos emisarios de los vorogas chilenos. Anuncian que está en Chilihué, a diez leguas de Salinas Grandes, una caravana de doscientos indios mercaderes que traen lanzas, tejidos, paños, objetos de plata, zarcillos, abalorios y pintura para la cara de las mujeres. Los chasques desean rendir homenaje al cacique Rondeau, avisarle la llegada de los comerciantes y pedirle su protección.

El gran cacique reúne a los otros caciques y capitanejos en un parlamento, para decidir si conviene admitir o no a la caravana del *Mulú Mapú*, o País de la Humedad. como, por causa de las abundantes lluvias, llaman a la tierra chilena de donde proceden los viajeros. El parlamento, oídos los jefes de las tribus,

los ancianos y las adivinas, resuelve admitir en las tolderías voroganas a los mercaderes chilenos.

Los indios de Salinas Grandes esperan con gran interés la llegada de sus hermanos. Pero he aquí que un día, el 13 de febrero de 1835, al sonido de un clarín, los comerciantes convertidos en feroces guerreros, se precipitan desde las alturas de Masallé hasta el llano, a todo el correr de los caballos, blandiendo las lanzas y dando alaridos. Rondeau y otros caciques que no habían tenido tiempo de buscar sus armas, muchos ancianos y algunas adivinas, son degollados. Y en el vasto desierto, ante el espanto de los toldos, los vencedores aúllan el nombre de su caudillo: **Calfucurá**.

Poco después, haciendo alianzas con los demás pueblos indígenas, Calfucurá, se convierte en el caudillo máximo de las tolderías, en el rey de las Pampas. Con él empieza una dinastía: la de los **pedra**. Porque eso significa la palabra *Curá*. Su nombre, Calfucurá, viene a ser *Piedra Azul*.

Calfucurá y Rosas.

Pasan dos años de tranquilidad, tanto en la Provincia de Buenos Aires, gobernada por Rosas, como en Tierra Adentro gobernada por Calfucurá. Entre ambos dictadores corre un pacto de alianza.

Pero he aquí que, a mediados de 1837, las tolderías de la Pampa se conmueven. Sucede que los vorogas chilenos, disgustados con Calfucurá por haber ase-

sinado a los caciques vorogas de la Pampa, resuelven vengarse. Y en número de dos mil lanzas, y al mando de Railef, cruzan la cordillera y se vienen hacia Salinas Grandes.

La horda avanza por el sur y llega, el 14 de agosto, a la Fortaleza Protectora Argentina, situada en Bahía Blanca. Rechazados hacia el norte, los invasores, saquean varios pueblos y estancias y se retiran a sus pagos cordilleranos, llevándose unas cien mil cabezas de ganado. Parece que tuvieron miedo de enfrentar al nuevo soberano de las Pampas. Pero entonces Rosas ordena a Calfucurá cortar la retirada a Railef, que va siguiendo la secular rastrillada del Colorado.

El dictador del interior parte de Salinas Grandes con mil lanzas. Alcanza al enemigo en Quentucó y lo aniquila. Mueren Railef y quinientos de los suyos y los restantes huyen a Chile. Calfucurá rescata los cautivos y las cien mil cabezas de ganado.

Su poder ya no tiene límites: y por 38 años el monarca de Salinas Grandes, ejerce incontrastada soberanía desde Junín, Bragado, Veinticinco de Mayo, Azul y Tandil, hacia todo el *farwest* argentino, hasta las cordilleras, y por el sur hasta la Patagonia. Era un maestro de la táctica y de la estrategia.

Batalla de Sierra Chica.

A la caída de Rosas, vencido por Urquiza, muestra también su genio diplomático. En la contienda entre Buenos Aires y la Confederación Argentina, se da cuenta que Urquiza lo necesita y no tarda en 1854 en enviarle una embajada a Paraná donde residía, para estrechar alianza con él. Preside la embajada el tercer hijo, *Namuncurá*, que tiene cuarenta y tres años. Se hace un convenio de paz. *Namuncurá* es bautizado. Danle el nombre de *Manuel* y es Urquiza su padrino. Y los indios reciben, junto con muchos obsequios, grados militares.

Los perspicaces indios sin embargo, se enteran de que los nuevos aliados no tienen la garra de Rosas para el desierto; y entonces dan comienzo a la temible era de los grandes *malones*. El ministro de Guerra, coronel Bartolomé Mitre, les quiere hacer frente y corre a las fronteras. Pero el 30 de mayo de 1855, al toque de tres cornetas, los indios de Catriel, de acuerdo con *Calfucurá*, atacan a los soldados de Mitre y luego se desbandan. Déjanse perseguir y entre alaridos espantosos vuelven a atacar. Mitre retrocede a la Sierra Chica y hace formar cuadro a su gente.

Sitiado allí, sus tropas comienzan a padecer hambre. Y como la otra columna no viene, y en cambio aparece *Calfucurá* con seiscientos indios, y pasa la noche y un día; a la otra noche, dejando en su campo los fuegos encendidos y mil trescientos caballos, se salva en dirección al Azul.

Esta es la *batalla de Sierra Chica*, que ha terminado en derrota para Mitre. Y en tragedia para la campaña de Buenos Aires, porque los indios, que han roto la frontera, llegan, envalentonados, hasta el partido del Tandil al que arrasan, y hasta el de Lobería, situado junto al Atlántico; y aun alcanzan al río Salado, a doscientos kilómetros de la ciudad de Buenos Aires. Consternación general.

A pícaro, pícaro y medio.

El general Hornos reemplaza a Mitre, y encuentra a Calfucurá junto al arroyo Tapalqué, con tres mil indios de las tribus confederadas. Lo atrae a un pajonal, pues sabe que en la sierra los caballos de los indios serán muy superiores a los suyos. Calfucurá simula que se deja atraer por Hornos que se sitúa junto al único paso que hay en el arroyo de altas barrancas, con el fin de cerrar la retirada a los indios cuando pretendan huir. Pero Hornos no conoce el terreno, y Calfucurá se lo sabe de memoria. El astuto «Napoleón de la Pampa», como se le ha llamado, dispone que algunos de sus indios entren allí y que luego finjan temor y se retiren. El jefe cristiano, sin sospechar el engaño, ordena a su gente irrumpir en el terreno, que resulta ser un tembladeral.

Calfucurá y sus indios con sus caballos, que saben andar por los pantanos, penetran en el lugar resueltamente y matan a dieciocho jefes y oficiales, y a doscientos cincuenta soldados, hieren a doscientos y

se retiran. El resto de los cristianos logra salvarse, pero ha perdido buen número de caballos y armas y gran cantidad de municiones. El triunfo de Calfucurá se prolonga en un saqueo de las poblaciones próximas al Salado.

Ocaso de Calfucurá.

Pasaron así varios años de alternativas, de escaramuzas y de malones, hasta que llegó la batalla campal de *San Carlos*.

Es el 11 de marzo de 1872. Calfucurá tiene mil indios chilenos, al mando de Reuquecurá; mil de división de Salinas Grandes, a las órdenes de Catricurá; otros mil chilenos a cuyo frente está su hijo Namuncurá, y doscientos ranqueles.

El coronel Rivas, jefe de la frontera, cuenta sólo trescientos sesenta y cinco soldados de línea. El resto de su hueste se compone de algunos vecinos y de mil indios: doscientos del cacique amigo Coliqueo y ochocientos de Cipriano Catriel, quien fue el héroe de la jornada.

Los de Calfucurá avanzan en cinco columnas paralelas, precedidos de guerrillas. Al dar Calfucurá la orden de ataque, en pavoroso alud, dando estentóreos alaridos que hacen temblar a los caballos de los cristianos, se precipitan los indios sobre las tropas de Rivas. Pero de pronto oyen el clarín, y echan pie a tierra. Calfucurá ha querido que peleen así, de igual a igual con sus enemigos.

Rivas manda también echar pie a tierra y trabar los caballos. Casi en el mismo instante prodúcese el choque. Combátese a lanza, cuchillo, sable y boleadoras. Al principio, van triunfando los de Calfucurá, en parte porque los de Coliqueo no han querido luchar contra sus hermanos, los indios. Pero Catriel hace fusilar a algunos. Pónese al frente de cuatrocientas lanzas, flanquea al enemigo, y después de un tremendo entrevero entre indios e indios, lo rechaza.

Ha sido vencido, por primera vez en una gran batalla, el monarca de Salinas Grandes. Sin posibilidades de rehacer sus huestes, perseguido, acaso sintiéndose viejo y demasiado gordo para esas luchas, retírase a sus toldos en *Chilihué*: es decir, al mismo punto de partida de 1835.

Habían quedado en el campo de la derrota, trescientos muertos y doscientos heridos. Otros muchos heridos se han salvado a caballo. Y de la enorme cantidad de ganado que iba a llevarse, Rivas le arrebató buena parte: setenta mil vacas, quince mil caballos y todas las ovejas.

¡Tremenda catástrofe para el rey del Desierto! La derrota le amarga y le entristece el ánimo. Su orgullo está abatido. Ya no le quedan esperanzas de volver a ser lo que fue. Se enferma, va decayendo cada día. Agrávase hacia principios de mayo de 1873. Y muere el 3 de junio de ese mismo año. Tenía alrededor de 80 años. ¡Y fue enterrado en un médano quien había sido por 38 años el soberano de los médanos!...

II | **NAMUNCURA**

El nuevo rey de las pampas.

El Desierto necesita un nuevo caudillo. Para elegirlo van a reunirse, con los jefes principales, los hijos de Calfucurá, que son a modo de príncipes del vasto y desolado imperio de las pampas.

Doscientos veinticuatro caciques reúnen en un gran parlamento. Además de los Piedra, hay allí representantes de los Laguna (lauquén), de los Ríos (leuvú), de los Médanos (loó), de los Sierra (mahuida), y de otras familias cuyos nombres, traducidos al español, son los de los Tigres, Leones, Aguilas, Zorros, Avestruces, Cóndores, Ciervos Divinos, Toros, Cigüeñas y Guanacos.

Los hijos varones del muerto son quince. El mayor es José Millaqueucurá, o Piedra parecida al oro. El tercero es *Manuel Namuncurá*, o Garrón de piedra,

ahijado de Urquiza. De los restantes, sólo merece citarse la hija mayor Canayllancatucurá, o Amiga de los collares de piedra.

El hijo mayor de Calfucurá, a quien correspondería el «trono» por herencia de cacicazgo, es borracho y un pobre diablo. No está en condiciones de gobernar a su gente. Así lo siente Manuel Namuncurá, y así lo creen los demás. Mas no faltan quienes protestan. Durante ocho días discútese apasionadamente. Don Manuel que es hábil político, logra atraerse a sus hermanos Bernardo y Alvarito y a su hermana mayor, favorita de su padre.

Alvarito, con pretexto de un homenaje al parlamento, hace maniobras, por ahí cerca, con seiscientas lanzas. Los parlamentarios comprenden la amenaza y sustituyen al hijo mayor por un triunvirato formado por Bernardo, Alvarito y Manuel Namuncurá. Este, al igual que Napoleón, dominó a sus colegas y quedó único dueño de la situación. Tenía Don Manuel sesenta y dos años, cuando asumió el poder. Habla con voz enérgica y natural acento de mando.

Justicia india.

Hay un episodio que así lo demuestra. Años atrás Calfucurá había enviado a San José, residencia de Urquiza en Paraná, una embajada presidida por uno de sus hijos. Vuelven todos, menos el jefe de la delegación. El gran cacique encarga a Namuncurá bus-

carlo. Namuncurá lo encuentra cadáver, y su padre manda la lengua del muerto a una famosa adivina en Chile. Retorna el mensajero. Dice la adivina que el muerto traía regalos de Urquiza y que los indios codiciosos lo mataron para robarle. Calfucurá llama al jefe de la escolta y a los caciques. Acusa al jefe:

—¡Asesinaste a mi hijo, tienes corazón de traidor!

El indio afirma que lo mataron los cristianos. Entonces Calfucurá le muestra la lengua ya seca del muerto, y le dice:

—Esta es la lengua de mi hijo: que hable el que ha ido a consultar a la adivina de Chile.

El enviado repite con gravedad solemne lo que había referido a Calfucurá. El cacique se acerca al acusado:

—¿Negarás ahora, dirás que miente la adivina?

El indio mira al suelo. Calfucurá saca un puñal de la cintura y repite:

—¡Habla!

El acusado sigue inmóvil y mirando al suelo. Y entonces Calfucurá haciendo a su modo justicia, hunde el puñal en el pecho del asesino.

Namuncurá quedó encargado de hacer lo mismo con los demás culpables o cómplices del asesinato. Al oír la orden de su padre, montó inmediatamente a caballo, buscó doscientos indios y salió a recorrer los toldos de los asesinos. Ignorantes de lo que ocurría, los criminales no huyeron y todos los culpables fueron lanceados. ¡Todos: hombres, mujeres e hijos adultos! Sólo salváronse los niños.

El tercer elemento.

Siguen los malones. El de 1875 abarca trescientas leguas y el número de animales robados es de *quinientos mil*. Los muertos alcanzan a trescientos, los cautivos a medio millar y las casas incendiadas a cuatrocientas. Azul está rodeado y a punto de perecer. Es una de las invasiones más desastrosas que ha soportado la provincia de Buenos Aires.

Pero la estrella de la dinastía de los Piedra que había llegado al cenit con Calfucurá, declina fatalmente al ocaso con Namuncurá. Valentín Alsina, nuevo ministro de Guerra, idea una muralla china en miniatura para contener a las indiadadas; sólo que en vez de ser en alto relieve, va a ser en bajorrelieve; y una zanja —la famosa zanja de Alsina— de 3 varas en la boca, media vara en lo hondo y dos varas de profundidad, cubre en forma zigzagueante la extensión de quinientos kilómetros. Está erizada de fortines y de campamentos a corta distancia unos de otros. No podrán impedir las filtraciones de los individuos aislados, pero sí impedirán los malones.

Namuncurá pide la paz; y solicita la mediación del Arzobispo Aneiros para que no le falte la ración de carne, yerba, azúcar y tabaco.

Aquí entra en escena un *tercer elemento*, insignificante en un principio y que lo será todo después: *el factor religioso*. Será en adelante el intermediario entre el gobierno y la tribu; entre la civilización y la barbarie. Y por vez primera se cruzan la espada

con la cruz: para que esta lleve a Cristo lo que aquella había arrancado al desierto; y de cuya conjunción iba a nacer un santo.

Ya Calfucurá había acusado su influencia, cuando con dos mil indios había atacado el pueblo de Veinticinco de Mayo. El cura Francisco Bibolini —que se hará célebre por sus macarrónicos versos— a caballo y con dos botellas de aguardiente para catequizar a los indios, sale al encuentro de Calfucurá. El cacique promete que a ningún vecino se le tocará un cabello. Sus indios acampan en la plaza y no se atreven a salir. Bibolini aloja en su casa al cacique y lo agasaja. Más tarde escribirá en una pared de su casa:

*Aquí comió, bebió, durmió
De la Pampa el gran coloso.
Dos mil lanzas clavadas miró
En la plaza el pueblo famoso.*

Origen de la Basílica de Luján.

Namuncurá comenzará a experimentar también esa influencia con el cura *Jorge María Salvaire*. Era este un sacerdote lazarista deseoso de ir a los toldos para rescatar cautivos.

Enterado de los anhelos de Salvaire, Namuncurá contestó que le vería con placer en Salinas Grandes, para que instruyera y bautizara a las gentes de su tribu. Y le prometió una escolta.

Ante tan buenos propósitos, Salvaire se dispone a recorrer las cien leguas que separan el Azul de Salinas Grandes. Bien provisto de obsequios, que lleva en varios carros, sale el 20 de agosto de 1874 del Azul y llega el 27 a Carhué, donde le esperan 30 indios que Namuncurá le ha enviado para escoltarle. Pero apenas parte la caravana de Carhué, surgen, dē entre los matorrales, indios que rodean a los viajeros, aúllan ferozmente y levantan las lanzas amenazándolos. Salvaire que va a caballo, se les escapa, no sin recibir algunos latigazos en la espalda; y los carros son lanceados. Y así atacados noche y día, el 1º de noviembre llegan a los toldos de Salinas Grandes.

Namuncurá no le da la mano al sacerdote, le niega amistad y protección y lo envía a legua y media de su capital.

¿Qué ha sucedido?

Parece que unos «cristianos», vendedores de aguardiente, en el temor de ser perjudicados en su negocio, han difundido entre los crédulos indios toda clase de absurdas calumnias sobre Salvaire. Han dicho que el propósito de rescatar cautivos es un pretexto, pues ha venido como espía del gobierno y a embrujar y envenenar a los caciques y a desparramar la viruela.

Quieren matarlo. Namuncurá, tan decidido siempre, vacila esta vez, acaso porque la opinión de la tribu es unánime. No defiende a Salvaire, pero tampoco hace nada contra él ni permite que se le haga. Por fin, resuelve convocar a un parlamento. Reúnense los caciques. Asiste también el acusado. Al circular el mate,

el sorberlo significa votar la muerte del acusado; y entre tanto le toca el turno al triunviro Bernardo Namuncurá. Bernardo habla contra los canallas que han calumniado al sacerdote. Y después de un discurso violento, arroja sobre Salvaire su poncho, en signo de protección y jura matar al que se le acerque. Los demás indios entonces, examinan a Salvaire. No le encuentran ninguna herida en el labio y tiene pelo en la coronilla. No es, por consiguiente, un embrujador. Y termina la sesión, que ha durado seis horas, con el reparto de las provisiones que el sacerdote ha traído y el despojo de su dinero, que estaba destinado para el rescate de cautivos.

Fue en esa circunstancia que el Padre Salvaire hace públicamente un voto solemne a la Virgen de Luján. Prométele, si le saca con vida, escribir su historia y edificarle un templo. *Este es el origen de la actual basílica de Luján.*

El vencedor del desierto.

Muerto Alsina en 1877, le sucede el joven coronel Julio Argentino Roca, partidario de la guerra ofensiva, con la que asesta el golpe de gracia al dominio de Namuncurá.

Aplicando por adelantado la teoría de la guerra total, ataca a los indios por todos los frentes, sin darles punto de reposo. Es así como en 1879, ya han caído 1.200 indios de lanza y han muerto 1.300. Diez mil quinientos «de chusma» están prisioneros también y un millar han consentido en rendirse. En total: hay catorce mil indios menos, y han sido rescatados 480 cautivos. Y el territorio conquistado por Roca se acerca en extensión al de Francia.

Acorralado en la Cordillera.

Falta tan sólo atrapar a Namuncurá, quien ahora de *León del desierto* se ha transformado en *Zorro de las cordilleras*, entre cuyas anfractuosidades se ha ocultado. Durante tres largos años, ese hombre que ya tiene setenta y dos años y no cuenta ni con doscientas lanzas, se mantiene inasible a las batidas del ejército regular, hasta que el capitán José S. Daza, casi está por darle alcance.

Sale el jefe cordillerano de Tarú Lafquen el 6 de diciembre de 1882 con setenta hombres. Ya oscurece. Van con los sables trabados y tienen orden de no fumar. Después de algunos kilómetros, ven al otro día descender de un cerro altísimo, cubierto enteramente de nieve, un grupo de indios de pelea y de chusma. Ante esa novedad, ordena Daza a los soldados que se escondan en la espesura del monte donde se encuentran, que es de caña de tacuara. Dispone que algunos exploradores cierren la retirada a los indios. Y tienen suerte: caen prisioneros tres indios de lanza, tres muchachos y cuatro mujeres.

Estos prisioneros resultan ser la «familia real»: una de las mujeres de Namuncurá —la que él considera como su esposa— tres muchachos, hijos del cacique, y su hija, que dice llamarse Manuelita Rosas Namuncurá. Los demás indios hombres y mujeres, pertenecen a la servidumbre de la familia.

Interrogados los prisioneros, declaran que habían salido de su escondite por llamado de Namuncurá, que

los espera dos leguas más arriba. Allí tiene prontos los caballos para huir todos a Chile.

Al oír esto, Daza ordena que veinte soldados partan a la captura del cacique. Ya les parece tenerlo en sus manos.

Son las 10 de la mañana del 7 de diciembre. Pó-nense en marcha los veinte hombres, por un áspero y casi intransitable sendero. Y como dos leguas se hacen a caballo en escaso tiempo, aun siendo malo el camino, poco tarda el destacamento en hallarse próximo al sitio donde Namuncurá espera a los suyos.

Pero el cacique, astuto y precavido como siempre, está alerta junto a su caballo. Mantiene en las manos las riendas. Acompañanle tres indios armados de lanza, y los tres permanecen también junto a sus pingos. Apenas advierten la proximidad del enemigo, montan y lárغانse a escape por casi inaccesibles vericuetos. Los cristianos los siguen, pero ¡qué han de alcanzarlos! Aquellos bárbaros se dejan caer por los derrumbaderos. Parece que ruedan hasta lo hondo de los precipicios. Cuando los soldados supónenlos destrozados, reaparecen allá abajo. Con agilidad maravillosa sortean peligros y obstáculos. Con todo, llega un momento en que pierden los caballos, salvándose ellos por milagro. Pero sus perseguidores no los pueden seguir. Están agotados por el cansancio; y con la pesadumbre de haber fracasado, regresan al valle de donde partieron.

Estaba escrito que el último de los Piedra no se iba a rendir sino a la cruz de Cristo, por medio del tercer elemento, el ministro de Dios.

El Padre Milanesio, *Patiru Domingo*, como lo llaman los indios, está misionando en Fuerte Roca, a orillas del Río Negro. Un día de mediados de abril de 1883, preséntanse ante Milanesio unos cuantos indios a caballo. Ruégale uno de ellos escucharle.

«Nosotros, Padrecito —dice— pertenecemos a la tribu de Namuncurá, nuestro cacique. Después de las tristes peripecias de la guerra, se ha refugiado en una garganta de las altas montañas de los Andes con las familias que le permanecieron fieles. El hambre y la extrema miseria a que ha quedado reducida su tribu, le determinaron rendirse al ejército argentino. Y nosotros venimos a usted, cuya bondad para con los indios ha llegado hasta nuestro conocimiento, para que se digne interceder por nosotros, obligando para siempre nuestra gratitud».

Mientras el indio habla, el Padre Milanesio se conmueve hasta llenársele los ojos de lágrimas. ¡Dios en ese momento histórico le ha elegido para ser *punte* entre el indio y el soldado, entre el bárbaro y el civilizado! Y así le dice que el cacique venga al Fuerte y se someta al general Villegas representante del gobierno, garantizándole él que nadie lo va a maltratar y que viceversa será bien acogido.

El indígena que ha entendido a medias lo que ha

dicho el misionero, le pide una carta para Namuncurá. Y Milanésio la escribe.

Rendición de Namuncurá.

Las razones del Padre misionero, los sufrimientos de sus gentes y la prisión de su esposa y familiares, de tal modo sacudieron el ánimo altanero de Namuncurá que sobreponiéndose a tentadoras propuestas de agentes de la Araucanía tramontana que le ofrecían armas y tropas para reivindicar sus posiciones perdidas, resolvió someterse a las autoridades argentinas.

El 7 de abril de 1884, el ex-soberano de las pampas, acompañado de 28 indios de lanza y de toda la chusma de su tribu, salió para el Fuerte General Roca, con el propósito de entregarse definitivamente al ejército nacional; concluyendo así una lucha plurisecular en un estrecho abrazo del indio, del soldado y del misionero, bajo la sombra de la cruz y al ondear del patrio pabellón blanco y celeste...

«Yo tigre, vos león».

Mientras la tribu de Namuncurá acampa en *Chimpay*, que significa lugar de alojamiento, sobre el Río Negro, destinado un día a brillar en los anales de la historia, el cacique se va nada menos que a Buenos Aires, para gestionar tierras y útiles de labranza para los suyos.

Al llegar a la gran Capital, se le nombra Coronel

del ejército argentino, y se presenta con pantalones rojos con franjas de oro, chaqueta con charreteras y alamares, alzacuello, alto kepis, botas y espuelas. Uniforme de gala

A los pocos días, lo llevan al Senado, con sus compañeros y su lenguaraz. Impresiona por su mirada enérgica, penetrante y viva y maneras desenvueltas. Es atento y amable.

Los Padres de la Patria se interesan por él. Aristóbulo del Valle le hace hablar por teléfono con un soldado indio. Namuncurá, muy asombrado al oír la voz lejana, cambia algunas palabras con el otro. Cuando deja el tubo, queda caviloso y sigue mirando el aparato con admiración y recelo. Y como le explican que la voz viene y va por un hilo, él, creyendo que eso es obra diabólica, exclama: «¡Gualichu! ¡Gualichu!»

En seguida condúcenlo a la Casa de Gobierno, a entrevistarse con el *Presidente Roca*, su vencedor. Va también con su hijito, «el príncipe heredero», como dicen los diarios, y con sus acompañantes y su lenguaraz.

Namuncurá habla algunas palabras sueltas en español, pero no puede conversar en nuestro idioma. No falta quien crea que habla bastante el español, pero que utiliza el intérprete para darse importancia.

Al ver a Roca lo saluda con expresiones de contento, y luego le manifiesta acatamiento y sumisión. Parece que Roca, alabando su valentía y talento estratégico, le dice:

—¡Sos un tigre!

Namuncurá, que conoce las hazañas de Roca, le devuelve así el elogio:

—*¡Yo tigre; vos, león!*

En la burlona Buenos Aires, el cacique tiene el mayor éxito. Lo llevan a los teatros, y el público lo aplaude y él saluda. En un teatro, un ilusionista, traga fuego. Namuncurá no admite semejante cosa, y comenta: «*¡Gualichu! ¡Gualichu!...*»

Sí; el diablo —que eso significa la palabra *gualichu* en araucano— ha sido definitivamente vencido por el misionero católico.

¿Pero quién es ese Padre Milanesio?

El Proto-Evangelio de la Patagonia.

Hay que retroceder poco más de un siglo y recorrer 15.000 kilómetros hasta encontrarnos en Turín-Italia. Allí está Don Bosco, quien con las valijas en la puerta le indica a Don Cafasso, que está decidido y pronto para zarpar como misionero a tierras lejanas. Su santo confesor no se lo permite: y más bien le insta que siga con la obra de los Oratorios Festivos que acaba de fundar.

Don Bosco se somete, mas no puede cortar sus ansias de misionero. No pudo serlo personalmente; funda entonces una congregación misionera, la Congregación Salesiana.

No pudo venir en persona a América; viene entonces «en sueños», es decir, en visiones sobrenaturales, en las que se oyó la voz de lo alto.

Han dado mucho que decir estos «Sueños de Don Bosco», que el tiempo se está encargando de abonarlos como hermosas realidades. Maravilloso es lo que se refiere a la América del Sur y especialmente a la Patagonia. Por ello mereció una medalla de oro, después de una conferencia sobre este tema en que dejó boquiabiertos a sus oyentes del Instituto Geográfico de Lyon.

No disponiendo de mayor espacio, nos contentaremos con presentar alguna muestra de estos famosos «Sueños», que constituyen el Proto-Evangelio de la Patagonia.

En las llanuras patagónicas.

1872. — *Una noche soñó Don Bosco en una inmensa llanura del todo inculta, en cuyo confín se perfilaban escabrosas montañas.* Hombres casi desnudos y de aspecto feroz, cabellos rígidos y largos, de color bronceado y oscuro, de cuyos hombros caían largas pieles de animales, la recorrían armados con una especie de larga lanza y hondas. Unos cazaban fieras, otros peleaban entre sí y llevaban clavados en las puntas de sus lanzas pedazos de carne sanguinolenta; otros peleaban con los soldados vestidos a la europea y *con furor diabólico acometieron a los religiosos de distintas Ordenes que intentaban evangelizarlos.*

Mientras el soñador pensaba en un modo de llegar a convertir gente tan brutal, divisa un tropel de misioneros, quienes, precedidos de una falange de jo-

vencitos, avanzaban sonrientes entre aquellas turbas. *Reconoce entre ellos a sus salesianos, sacerdotes, clérigos y coadjutores; prevé la inevitable tragedia que les aguarda y tiembla...* Una inesperada sorpresa le colma de regocijo: aquellos bárbaros, ante los nuevos misioneros abaten armas, deponen su ferocidad, los acogen con cortesía, y aceptan sus enseñanzas y amonestaciones. Los misioneros rezan el santo rosario: la masa salvaje los circunda, reza y canta con ellos un cántico a María... «Load a María»...

Ante tan magnífico cuadro imponente, el soñador se despertó, pletórico de alegría y de esperanzas en un porvenir lisonjero de la Patagonia, que esa era la región de su sueño, según averiguó después.

El sueño de Santa Rosa.

1883 — Once años más tarde, y precisamente en la noche de Santa Rosa de Lima (30 de agosto), *el vidente cruza en viaje misterioso la América Meridional desde Cartagena (Colombia) a Punta Arenas (Chile).*

En su marcha descubre a través de los montes y de las entrañas de la tierra que recorre en un tren de carrera vertiginosa, las riquezas que un día serán descubiertas: minas increíbles de metales preciosos, yacimientos inagotables de carbón fósil, depósitos de petróleo, abundantes cuales no se podrán hallar en otros lugares, interminables valles con numerosas po-

blaciones totalmente desconocidas; líneas férreas que unen los océanos. *Los campos de La Pampa y Patagonia cultivados acá y acullá pregonan el avanzar de la civilización.*

Al llegar a *Punta Arenas* el suelo por varias millas estaba totalmente cubierto por depósitos de carbón fósil, de tablas, vigas, maderas, de pilas inmensas de metal, parte en bruto y parte elaborado. Largas hileras de mercaderías estaban sobre los rieles.

—*Esto que ves* —se le dijo— *está en proyecto, pero todo se realizará. Estos salvajes en adelante serán tan dóciles que ellos mismos acudirán en demanda de instrucción, religión, cultura y comercio. Lo que en otras partes causa admiración, será tan maravilloso aquí que superará cuanto ahora despierta estupor en cualesquiera otros pueblos de la tierra.*

A través de América y del mundo.

1885. — El Santo se halló casi de repente en América, y precisamente, en una planicie a cuyo sur se extendía la Patagonia, y por la parte opuesta veía el panorama de todas las casas salesianas de la República Argentina, del Uruguay y del Brasil con muchos hospicios desparramados en las provincias de aquel imperio.

—*He visto* —decía— *como en un punto solo, lo pasado, lo presente y lo venidero de nuestras misiones,*

los sitios que son y serán ocupados por los salesianos, diseminados por muchos y larguísimos caminos.

«Recorrían esos caminos unos vehículos de formas diversas, pero tan magníficos y estupendos que es imposible describirlos. Observé con asombro que al llegar los vehículos cerca de los poblados tomaban altura, de manera que los viajeros contemplaban debajo de sí los tejados de las casas, las cuales aunque fuesen muy altas, distaban mucho de aquellos caminos, que, mientras en el desierto parecían deslizarse sobre el suelo, en llegando cerca de los lugares habitados, volvíanse aéreos como formando un magnífico puente. Desde allí veíanse los habitantes, en las casas y en los patios, en las calles y en los campos, ocupados en las faenas de la tierra.

*«En el fondo de un camino larguísimo que se extendía hacia Chile, yo veía una casa con muchos hermanos salesianos que se ejercitaban en la ciencia, en la piedad, en varios oficios y artes y en la agricultura.»*¹

«He visto también en aquella vasta llanura la gran cantidad de indígenas que están esparcidos en la costa del Pacífico hasta las islas Malvinas, toda mies destinada para los salesianos.

—*Los primeros sembrarán tan sólo, los venideros cosecharán. Hombres y mujeres se fortificarán y se volverán predicadores; sus mismos hijos, los que nos*

¹ Fortín Mercedes, al parecer.

parece imposible ganar a la religión, se tornarán en evangelizadores de sus parientes y amigos.

«Yo vi todas las cosas que se relacionan con los salesianos, con un regular establecimiento en aquellos países; los peligros, los buenos resultados, los reveses y desencantos, su aumento asombroso y la conversión de tantos indígenas y europeos allí establecidos. *Los salesianos tendrán buen éxito en todo, con la humildad, con el trabajo y con la templanza.*

«El trabajo y la templanza harán florecer la Congregación Salesiana. En tanto sus miembros correspondan, tendrán secuaces al Mediodía, al Norte, al Este y al Oeste. *No solamente en este siglo, sino en el otro y en los siglos futuros, los salesianos trabajarán en su propio campo.*

«Con la dulzura de San Francisco de Sales los salesianos atraerán a Jesucristo los pueblos de América. *Los primeros salvajes será cosa difícil de moralizar, empero sus hijos se prestarán facilísimamente y para ellos se fundarán colonias y cundirá la civilización por todas partes.*

«Europa se volcará en la América del Sur. Desde el día en que en Europa se comenzó a despojar a las iglesias, empezó a disminuir el florecimiento del comercio y va desfalleciendo más y más. Por lo cual los obreros y sus familias impelidos por la miseria, correrán a buscar abrigo en esas hospitalarias tierras.

—*Cuando sean conocidas las inmensas riquezas que hacen preciosa la Patagonia, este territorio adquirirá*

un desarrollo extraordinario. (Habrá una gran ciudad sobre el paralelo 47°).

«En las gargantas de los montes yacen escondidas valiosas minas; en la cadena de los Andes, entre los paralelos 10° y 20° , se ocultan minas de plomo, de oro y de algo más precioso que el oro. Será la Tierra Prometida que mana leche y miel: una riqueza inconcebible».

V | LINEAS CONVERGENTES

Fechas paralelas.

Los protagonistas son Calfucurá y Namuncurá por un lado, y Don Bosco y Don Cagliero por el otro.

Los puntos de partida de estas líneas que se harán convergentes, son: el cuartel general de la dinastía de los Piedra en Salinas Grandes, y el cuartel general de la Obra Salesiana en Valdocco-Turín.

Procederemos por fechas paralelas.

1848. — Calfucurá se echa sobre la frontera de Buenos Aires perforándola con sus malones.

1848. — Don Bosco, rodeado de sus niños, va señalando en un mapamundi las extremidades australes de América y exclama:

—*¡Oh si pudiera disponer de muchos sacerdotes, y clérigos! Yo los enviaría a evangelizar la Patagonia y Tierra del Fuego; porque esos pueblos fueron hasta hoy los más abandonados.*

1854. — *Calfulcurá manda, como recordamos, una embajada a Urquiza. La preside su tercer hijo Manuel Namuncurá que cuenta 43 años y del cual Gálvez dice que: «era de formas atléticas, de tez bronceada, de cara cuadrada, de pómulos salientes, de ojos vivos, mezcla de fiereza y de bondad».*

1854. — Don Bosco recibe también una embajada del cielo, respecto del porvenir de uno de sus mejores hijos, *el joven Juan Cagliero*, de 16 años de edad, en trance de muerte a consecuencia del cólera de ese año. Llamado Don Bosco para administrarle el viático, tiene, *al entrar en el cuarto del enfermo, esta visión: una paloma, de la que surge maravillosa luz, vuela dentro del cuarto, con un ramo de olivo en el pico, hasta que se detiene junto a la cabecera del joven, deja caer el olivo y desaparece. El fundador de la Sociedad de San Francisco de Sales, comprende que Cagliero no morirá y que hará grandes obras para gloria de Dios. La paz, simbolizada por el ramo de olivo, será anunciada por su palabra. La paloma representa la gracia del Espíritu Santo. Don Bosco advierte en la visión la promesa de que Cagliero será obispo.*

A esta visión sucede otra. Desaparecen las paredes, e innumerables salvajes miran al enfermo como pidiéndole socorro. Dos se distinguen: uno de aspecto horrible y casi negro; otro, de color de bronce, prominente, con aspecto de guerrero y cierta expresión

de bondad. Por el momento, Don Bosco no entiende quiénes son esos salvajes: más tarde comprenderá que son los indígenas de la Patagonia y de la Tierra del Fuego.

Nosotros podemos imaginar que el representante de Tierra del Fuego, de aspecto hórrido y sombrío, como es el de los alacalufes, podría ser el *capitán Antonio*, el más famoso entre ellos en los canales magallánicos.

El otro representante de la Patagonia, bien podría ser nuestro *Manuel Namuncurá*, cuyas señas concuerdan admirablemente con la descripción de Gálvez; y que en este año fue bautizado en Paraná, saliendo de padrino el propio Urquiza.

¡Quién lo hubiera imaginado que a Cagliero, ese niño de 16 años, más tarde obispo, con el andar del tiempo le tocaría en suerte el *confirmar y dar la Primera Comuni3n al viejo Namuncurá*, de 91 años de edad^o .. ¡Cuán admirables son los caminos del Señor!

Malones y Visiones.

1872. — *Es el año de los grandes malones*: 27 se cuentan solamente en la provincia de Buenos Aires: y *es el año de la gran batalla campal de San Carlos*, en que declina el astro de Calfucurá, muriendo a poco de esta primera derrota, después de haber mantenido en jaque al ejército regular por 38 años consecutivos.

1872. — *Es el año del sueño de Don Bosco sobre la Patagonia*, que hemos relatado en el capítulo ante-

rior. Allí ve de antemano a sus misioneros convertir a los salvajes, que sostienen luchas con los europeos y se abalanzan sobre religiosos de otras Ordenes.

En efecto. amén del episodio del Padre Salvaire, la crónica registra el paso de los padres franciscanos y dominicos y especialmnete de los padres jesuitas, cuya sangre salpicó de rojo los lagos de la cordillera andina a los que dieron su nombre.

Mascardi en 1670, fundó una misión a orillas del Nahuel Huapi, actual Bariloche, y allí estuvo hasta que los indios lo asesinaron.

Treinta años después, Van der Meer, *el padre Laguna*, como le decían, llegó a tierras de los pehuelches, los que al cabo de cuatro años, lo envenenaron. También fue asesinado *el padre Elguea*, su sucesor.

A mediados del siglo XVIII, tres jesuitas exploraron la Pampa y la Patagonia, y fundaron misiones. Eran *José Cardiel*, *Matías Strobel* y *Tomás Falkner*. Este último, médico, se había convertido en Buenos Aires, e ingresado en la Compañía de Jesús. Es el autor del célebre libro *Descripción de la Patagonia*.

Las distancias se acortan.

1875 — Namuncurá que ha sucedido a Calfucurá, *arma el más grande de los malones*, referido en la página 15. Es el último esfuerzo del salvaje antes de rendirse a la cruz.

1875. — Zarpa de Génova la *primera expedición de*

diez misioneros salesianos, destinada por Don Bosco a la evangelización de la Pampa, de la Patagonia y de la Tierra del Fuego. Va de jefe Juan Cagliero. Llegan a Buenos Aires el 14 de diciembre del mismo año.

Las distancias ya se acortan. Están en la misma provincia donde vive Namuncurá. ¿Cuándo Cagliero se encontrará con Namuncurá?

El encuentro histórico.

1879. — *Expedición de Roca al desierto.* Namuncurá retrocede hasta la cordillera del Neuquén, donde queda acorralado y separado de sus indiadas, en poder del vencedor.

1879. — Los misioneros salesianos Santiago Costamagna y Luis Botta acompañan el ejército expedicionario y tienen *el primer contacto con los indios*, bautizando a más de un centenar de ellos.

¡He aquí que las *líneas convergentes, por fin, han coincidido* al encontrarse en las inmediaciones de Carhué, el nuevo cuartel general de los indios, después de Salinas Grandes!

El Padre Costamagna, el 27 de abril de 1879, escribía a Don Bosco: «Los Salesianos finalmente han llegado en medio de los habitantes del desierto, entre los indios pampas... ¡No es sueño: ya es realidad!»

Y Don Bosco lloró de emoción viendo que sus «Sueños» ya no eran sueños, sino consoladoras realidades.

Faltaba tan sólo tomar contacto con el cacique Namuncurá.

Sangre y sudor.

1883. — Don Bosco tiene el célebre «Sueño Americano», dicho asimismo de Santa Rosa (30 de agosto), cuyo resumen se dio precedentemente. Es el más largo y detallado de los sueños misioneros. El intérprete le hace comprender que los indígenas, figurados en unos higos verdes separados del árbol de la vida, sólo podrán ser nuevamente incorporados a él, mediante el sudor y la sangre.

La primera *sangre* salesiana que se derramó (1887) fue la de Cagliero, que al mismo tiempo fue la primera condecoración de su púrpura cardenalicia. Mientras atravesaba la cordillera de Neuquén, espantóse el caballo y antes de caer en el precipicio, arrojó al «Capataz de la Patagonia» contra las rocas, fracturándole dos costillas, y dejándole sin sentido.

1883. — Pero no le toca a Cagliero, sino al otro misionero salesiano, *el P. Domingo Milanese*, quien con el *sudor* de la frente ha recorrido miles de kilómetros por el desierto patagónico, *el recibir en este año la rendición de Namuncurá*, que por su intermedio se entrega a las autoridades argentinas, como se ha visto anteriormente.

Al mismo Padre Milanese le tocó cinco años más tarde *bautizar a su hijo Ceferino*; que en esta forma vino a ser el fruto de la conjunción entre la espada y la cruz.

Cagliero y Namuncurá.

1897 — Finalmente en esta fecha se encuentran los dos colosos, *Namuncurá* y *Cagliero*, a quien el ex-soberano de las pampas le entrega a su hijo Ceferino, para que sea educado en los colegios salesianos; llegando a ser el *Lirio de las Pampas*, *la Flor del Desierto*, *el primer santito americano*, en camino a los altares.

Lo veremos a continuación.

VI | EL BUEN CEFERINO

En las tolderías de Chimpay.

Chimpay está en el Alto Valle del Río Negro.

¡Qué encantador es el río Negro en sus centenares de metros de anchura, sombreado por sauces llorones, altísimos y de follaje verde oscuro!

Calandrias y petirrojos, horneros, chingolos, palomitas torcazas, los hay a bandadas; y los loros y las cotorras en nubes chillonas e inquietas. Avestruces, liebres, guanacos y hasta leones pumas.

Ni una casa de material, ni siquiera de adobes había entonces cuando la tribu de Namuncurá fue a establecerse en Chimpay. Los toldos de los pobres indios, lo eran todo. Cada familia de diez, quince y más personas, vivía en un toldo, separado de otros unos cuarenta o sesenta pasos largos.

El toldo lo construían así: los hombres fuertes plantaban un puntal en el suelo, y a unos pasos de

ese puntal, formando círculo, otras cuatro o más estacas, a las cuales las mujeres ataban los cueros de caballo o de vaca, que iban carneando cuando viajaban.

Dejaban una abertura por el lado opuesto al viento, que allá sopla muy recio, y cubrían aquello con otros cueros. Allí dentro cocinaban, comían, trabajaban, dormían, depositaban sus prendas y las piezas de sus cacerías; y los días de lluvia o viento tormentoso se acurrucaban con sus perros y se las pasaban sin hablar y acaso sin comer.

El rancho de Namuncurá, el gran cacique, era el más espacioso de todos, y tenía además toldos más chicos como dependencias, y un corral. El, como los caciques de sus tribus, pensaba en las familias más necesitadas, y para ellas carneaba siempre alguna res en el corral y la dejaba para que se sirviesen de carne los que eran más pobres.

Todavía no sabían criar ganados, ni arar la tierra, ni menos sembrar trigo, maíz, avena ni hortalizas.

26 de agosto de 1886.

En esas tolderías de Chimpay nació la «flor de la Patagonia», Ceferino Namuncurá, el día de San Ceferino, Papa: de ahí el nombre del nuevo vástago de la destronada dinastía de los Piedra. Dos años más tarde, misionando por ahí el P. Domingo Milanesio, lo hizo hijo de Dios, con el santo bautismo. En la Parroquia

de Carmen de Patagones, Provincia de Buenos Aires se encontró el acta de bautismo, que reza así:

«*En veinte y cuatro de diciembre del año del Señor de mil ochocientos ochenta y ocho, el Pbro. Domingo Milanésio, en misión al Río Negro, bautizó solemnemente, puso óleo y crisma a Ceferino Namuncurá, de sexo masculino, que nació el día veintiséis del mes de agosto del año mil ochocientos ochenta y seis, en Chimpay, Territorio del Río Negro, en la Nación Argentina, hijo del Cacique Don Manuel Namuncurá, natural del país de la Nación Argentina, de Religión Indio, domiciliado en Chimpay, y de Doña Rosario Burgos, natural del país, de la Nación Argentina, domiciliada en Chimpay; siendo sus padrinos José Rivero, natural de Buenos Aires, de treinta y ocho años de edad, domiciliado en Roca, y Doña Carmen Burgos, natural de Mendoza, de treinta años de edad, domiciliada en el Río Negro; a quienes advirtió el parentesco espiritual con el ahijado y con sus padres, y la obligación de enseñarle la doctrina cristiana; y por señal de verdad firmaron: el Cura de la Parroquia Angel J. Piccono; por el padrino y la madrina, Pbro. Domingo Milanésio.*»

¡En el mismo año en que murió Don Bosco (1888), nació para la Iglesia, quien más tarde sería el fruto más precioso de su Sistema Preventivo, el genio benéfico de los indígenas, por los cuales tanto había suspirado!

Salvado de las aguas.

Entre el nacimiento y el bautismo, le sucedió un percance que casi le cuesta la vida, y que puso de manifiesto una especial providencia hacia su futura misión.

Don Manuel ha referido cómo una vez, jugando el niño todavía lactante, a orillas del río, se cae al agua. Al parecer está solo, aunque sus padres encuéntrase a corta distancia. El niño grita. Namuncurá y Rosario precipítanse hacia donde creen hallarlo y lo ven en el río, llevado por la corriente. Pero comprenden que es inútil el socorrerlo. Las aguas balancean al niño, que a veces se hunde y sale de nuevo a la superficie. Y así por más de cien metros. En su desesperación invocan a Dios: *¡Oh Chachay! ¡Oh Padre!*

Se ve agitarse una manecita, y cuando todo parecía perdido, un remolino, a causa de unos troncos, arroja incólume el cuerpecito a la orilla.

Esta vez no fue la hija del Faraón quien salvara al nuevo Moisés, sino ciertamente la Virgen Auxiliadora, que quería reservar a ese hijo suyo, para libertar a su raza de la esclavitud del gualicho, y hacerla entrar por la tierra prometida de la civilización cristiana.

Entrevista con Doña Rosario en 1930.

La madre de Ceferino contaba entonces con 78 años. Vivía en San Ignacio, lugar cercano a Junín de los Andes en el territorio del Neuquén, con una hija suya, llamada Clarisa, hermana de Ceferino.

En San Ignacio junto al río Aluminé está la tribu de Namuncurá, desde que el gobierno nacional decidió poner a su disposición ocho leguas de tierra, para que pudieran vivir, sin ser molestados por nadie. La estadística de ese año arrojaba unos 350 indios supervivientes.

Doña Teresa Mazzoni, según refiere el P. Parolini, el *hincha* más grande de Ceferino, viuda de Mateuzzi, muy conocida en Choele-Choel, la isla mayor del Río Negro, recuerda que su casa distaba más o menos tres leguas de donde acampaba la tribu de Namuncurá en Chimpay; y cómo el cacique desde allí bajaba a intervalos al pueblo para percibir sus sueldos de coronel de la nación. Todavía se conserva el nombre de *Bajada d' Namuncurá*.

A principios de siglo, es decir en 1900, le tocó a ella junto con su finado esposo Don Felipe, trasladar en bote a todos los componentes de la tribu, en viaje a San Ignacio para tomar posesión de sus nuevas tierras. Iba también Doña Rosario.

Pues bien, al ser entrevistada ahora, por el P. Pasino, otro entusiasta admirador de Ceferino, cuando le presentó el retrato del padre, no pudo menos de prorrumper:

—¡Oh Manuel; sí, es él!

Al mostrarle la fotografía de Ceferino, con una evidente y franca emoción, exclamó:

—¡*Finaitu hiju, pobre finaitu hiju!*

Al pedírsele detalles sobre el muchacho, repetía:

—¡*Finaitu hiju, pobre finaitu hiju!*

Instada nuevamente, recordaba sin embargo, lo de la caída al río; y que Ceferino era muy cariñoso con ella, ayudándole en los quehaceres domésticos, y que era muy reflexivo, comportándose en todo como un *hombrecito*.

Una tarde de invierno.

Era triste y llorosa. Ceferino y su papá miraban a la gente más pobre, que casi desnuda, venía por carne a la tolдерía del jefe indio acampado todavía en Chimpay.

El cacique decía palabras de enojo contra los malos cristianos, que le escamoteaban las raciones, y juraba vengarse porque no le cumplían bien las promesas que le había hecho el gobierno. Ceferino sintió que la sangre le hervía en las venas, pensó en ser soldado o escribano de su papá, *chilcatwey*, y le dijo con resolución:

—Papá, llévame a estudiar a la ciudad; así, cuando llegue a grande, podré defender a nuestra pobre gente.

—Sí mi hijo — murmuró el padre, ahogándose la voz en la garganta... y los dos echaron a llorar.

Y agregó:

—Tengo muchos amigos en Buenos Aires: haré lo posible para recomendarte a ellos. Mucho costará esta separación; pero no dirás que tu padre no secundó tus designios. Dios ha de querer que un día seas un hombre útil.

Al anochecer, los caciquillos todos aplaudieron el proyecto; la mamá lloró. Una mañana empero, padre, hijo y un lenguaraz, atravesaron la pampa que va del río Negro al río Colorado; y en Fortín Uno, donde estaban los puntarrieles del ferrocarril en construcción, emprendieron el viaje a Buenos Aires. Era el año 1897. Ceferino acababa de cumplir 11 años de edad.

Plaza Constitución.

Los indios que viven en la Capital argentina se han enterado de la llegada próxima del famoso cacique y de su hijo. Parece que la noticia la han dado unos indios que habían sido traídos a la ciudad como cautivos y que ahora son libres. Y el día en que Namuncurá y su descendiente deben arribar, unos cincuenta aborígenes se congregan en la estación Constitución.

Llega el tren. Namuncurá baja con su hijo, en medio de las ovaciones de los paisanos. Uno de ellos, Antonio Rey, saluda al ex monarca de las pampas. Le dice que ellos, los indios, se consideran sus compatriotas, sus súbditos, y que siempre le tendrán amor. Namuncurá, emocionado, le agradece sus palabras y presenta su hijo a los concurrentes.

Entonces todos rodean al indiecito, en quien algunos creen ver al futuro renovador de las pasadas glo-

rias de su raza. Le hacen varias preguntas. Uno quiere saber a qué viene, y Ceferino contesta:

—Vengo a estudiar, para bien de mi raza.

Oído lo cual, los indígenas lo aclaman, lo besan y lo abrazan conmovidos. Y se preguntan unos a otros:

—¿Qué llegará a ser este chico?

Lo mismo se decían los vecinos de Juan el Bautista...

Y la suerte cayó sobre el colegio Pío IX...

Estamos en casa del ex-Presidente de la República Argentina, Dr. Luis Sáenz Peña. Se entabla el siguiente diálogo:

—¡Hola, amigo Don Manuel! ¿Usted por acá? ¿qué vientos lo traen?

—Los vientos de la Patagonia. He traído a mi hijo Ceferino a esta Capital. Por intermedio del Ministro de Guerra y de Marina, el general Luis María Campos, lo coloqué en el taller de la Armada que hay en el Tigre. Está de carpintero.

—¿Y qué tal, le gusta estar allí?

—No, señor; no está conforme. No sé cómo hacer con la criatura, si sacarla o dejarla en otra parte.

Sáenz Peña queda pensativo y moviendo la cabeza de arriba abajo. Le inquiere al indio:

—¿Y qué desea de mí, Don Manuel? Yo estoy para servirlo en cuanto pueda, como amigo: como se lo prometí, cuando era Presidente. Si cree que puedo serle útil, dígalo con toda libertad y confianza.

El cacique le contesta que sacará a su hijo y se lo traerá.

—Se lo recomiendo mucho —añadió Don Manuel—; pues lo he traído del Río Negro, para que después sea útil a su raza.

Y entonces Sáenz Peña, que ha encontrado la solución, le dice:

—Muy bien. Don Manuel; lo voy a recomendar a los *padres salesianos*. Esos hombres siempre se han preocupado del bien de los indígenas.

Y sobre la marcha, Sáenz Peña le redacta al cacique una carta de recomendación para el padre José Vespignani, Superior Salesiano. Por fin el satélite errante caía en la órbita de Don Bosco, y el *20 de setiembre de 1897* Ceferino Namuncurá entraba en el Colegio Pío IX de Almagro. Tuvo el honor de ser presentado por el mismo Monseñor Cagliero a los niños, maestros y superiores; pues estaba de paso en esa Casa-madre de la Argentina.

Instintos atávicos.

Por de pronto se captó la admiración del colegio por una proeza ecuestre. El lechero ha dejado el caballo en el inmenso patio —por entonces de tierra, pues aún no había sido embaldosado— y ha entrado en el recinto con sus tarros.

Ceferino monta de un salto sobre al animal, lo castiga y lo hace encabritar. Todo el patio grita. El

P. Vespignani se lleva las manos a la cabeza. De repente, el jinete sofrena, se baja del caballo, y, muy risueño, se burla del susto que ha dado a compañeros y profesores.

Por un momento Ceferino sintió revivir en sí mismo los instintos de las pampas, sin más límites que el horizonte, donde era señor de horca y cuchilla, jinete en indómito potro con las crines al viento, libre como los pájaros.

Veremos ahora cómo sabrá domar esos otros instintos de su naturaleza salvaje, mediante tenaces y heroicos esfuerzos que lo distanciarán de todos sus paisanos, y lo harán sobresalir como una pirámide de Egipto sobre la fatal decadencia de su raza. Domingo Savio será su modelo; y en tal forma lo imitará, que llegará a ser el «Domingo Savio de color» orgullo de América y la *mejor carta de recomendación* para el Sistema Preventivo de Don Bosco.

Progresos espirituales.

De la pampa a la escuela. Comienza el aprendizaje en el colegio anejo de San Francisco de Sales. Allí encuentra el calor del cariño en el Director, el Padre Gherra, a cuyo tibio contacto se abre la flor patagónica mostrando ya los pétalos de sus virtudes, la sonrisa de su alegría, y la satisfacción de vivir nuevamente en familia.

Ritornelo de Don Bosco era:

*Pecado y melancolía:
¡Fuera de casa mía!*

Ritornelo de Ceferino era:

*Fulí, fulí, fulí, fulá
¡Viva el Padre Guerra y Namuncurá!*

Y cuando vino a faltar el P. Gherra, adaptó una variante que la acercaba a Don Bosco:

*Fulí, fulí, fulí, fulá
¡Fuera el pecado, y Satanás!*

El fondo musical y coreográfico era su voz timbrada y agradable, que le mereció formar parte de la Schola Cantorum del célebre Padre Pedrolini; y los saltitos y contorsiones que hacían recordar los bailes y danzas de su tribu.

Al año de estar en el colegio, ya hizo su Primera Comunión, que lo inició en los fervores eucarísticos, hasta convertirlo en serafín del Santísimo Sacramento.

Cuenta su maestro de cuarto grado, el Padre Bertagna, que un día observó cómo Ceferino miraba insistentemente hacia fuera por una ventana de la clase, aunque sin perder el hilo de las explicaciones.

Como tras repetidas advertencias el niño no desistía de su empeño, lo cambió de lugar. Obedeció sere-

namente Ceferino; pero al terminar la clase se acercó al maestro y le dijo:

—¿Por qué no me deja usted donde estaba antes?

—¿Y cuál sería el motivo?

—Donde usted me colocó, no puedo ver la lámpara que en la capilla arde delante del Santísimo.

El maestro quedó emocionado; y ciertamente recordó un caso parecido de Don Andrés Beltrami, otra alma seráfica en camino a los altares.

Para la Primera Comuni3n tuvo que aprenderse bien el «Rey de los libros», el Catecismo; y tan bien lo siguió aprendiendo que en el Certamen Catequístico de 1899, salió primero de la secci3n menores; y fue una gran satisfacci3n para Monseñor Cagliero el imponerle la corona de *Príncipe de Catecismo* a quien era *príncipe de las pampas*.

En Uribelarrea.

Tanta contracci3n al estudio afectó su salud. De ahí que los Superiores le hicieran pasar las vacaciones en la escuela agrícola de esa localidad que blasona de ser la más antigua de las escuelas agrícolas salesianas de América.

Allá estaba Ceferino a sus anchas, montando a caballo, arreando el ganado, jugando con el «Tigre», su perro favorito, entreteniéndose con las ovejitas que le salían al encuentro y manejando la azada y la horquilla. Era evidente la recuperaci3n de su salud, y no menos el afianzamiento de sus virtudes.

Un día fue invitado a dar un paseo a la estancia de don Miguel Uribelarrea, donante de los terrenos de la escuela.

Campo traviesa, un compañero accidental decía a sus demás compañeros:

—Verán ustedes cómo nos divertiremos. Yo conozco nidos de tero.... y *de gallinas*. Haremos grande acopio de huevos, y a la noche nos repartiremos el botín conquistado.

Iba a seguir describiendo el extraño visitante, cuando Ceferino lo interpeló agriamente, enrostrándole:

—¡Cómo ¿Usted nos propone robarle a Don Miguel? Vaya y pase por los huevos de tero; pero no podemos absolutamente robar los huevos de gallinas; y peor todavía excusarnos, haciéndolos pasar por huevos de patos silvestres.

Nunca estuvo Ceferino tan locuaz como en esa ocasión: parecía que la indignación le había soltado la lengua y pugnaba por saltársele de los ojos. Y añadía:

—¡Incitarnos a robar! ¡Y a Don Miguel, nuestro gran bienhechor...!

Ahora Ceferino tiene un hermoso monumento en esa escuela agrícola de Uribelarrea. Se lo levantó el entusiasmo y la admiración de su condiscípulo el P. Rizzi.

Allí está, vestido de paisano agricultor, con bombachas y rastra y pañuelo al cuello; como el modelo de los jóvenes que se educan en las E. A. S., es decir, en las Escuelas Agrícolas Salesianas.

Un brindis inolvidable.

Monseñor Cagliero celebraba en 1901 los 50 años de su entrada en el Oratorio de Turín. Para festejar dignamente la fecha, en el colegio central de Pío IX, se echó la casa por la ventana, con el programa tan salesiano de *Misa, Mesa y Musa*, vale decir: academia músico-literaria en la víspera, comunión general en la misa de la mañana, ágape fraterno y representación teatral por la noche.

Fueron invitadas las principales autoridades civiles y eclesiásticas, no faltando el Internuncio Apostólico y la figura patriarcal del ex-presidente Luis Sáenz Peña.

A Ceferino le tocó desempeñar un papel descollante, figurando en dos discursos emotivos, que arrancaron lágrimas y aplausos: uno en la academia y otro en los brindis.

A un cierto punto, dirigiéndose a Monseñor, exclama:

—¿Qué hubiera sido de mí, si tú no hubieras pasado por mi casa, oh Angel de la Patagonia? ¡Dios quiera que pueda yo también compartir tus sudores en favor de los pobres indios, haciendo por ellos lo que tú has hecho por mí, oh Angel de la Patagonia!

Aquí el doctor Sáenz Peña, sin poderse contener, se levantó de la mesa, lo abrazó y lo besó conmovido, ante el silencio general; admirando los caminos de la gracia que tantos progresos había obrado en ese

muchachito que él había recomendado cuatro años antes a los hijos de Don Bosco.

Misión en el Aluminé.

Las ansias de apostolado desde entonces quedaron compartidas con quien solía llamar su segundo padre. Por eso acompañó a Monseñor Cagliero en espíritu y con sus oraciones, cuando supo que iba a dar una gran misión por el Río Negro y el Neuquén, finalizando en el río Aluminé, donde estaba acampada la tribu a las órdenes de su papá.

Es el Padre Beraldi, otro gran amigo de Ceferino, quien así la relata:

«Después de la fiesta de San José de ese año de 1902, Monseñor acompañado de varios misioneros, fue a misionar a San Ignacio. El viejo Namuncurá no cabía en sí de gozo: le hizo los honores de un *parlamento indio*, mientras iba repitiendo:

«Señor Obispo, yo muy contento. Yo vivir cristiano: mi familia también. Yo buen argentino, y mi gente queriendo ser cristianos todos.

«El Padre Milanés y el Padre Zacarías Genghini, que manejaban bien el araucano, quedaron encargados de instruirlos. Monseñor hizo observar al cacique que la religión cristiana y la ley civil, no permiten tener más que una mujer. A lo que el anciano contestó:

«Yo, señor, bien casado en Roca ante iglesia y oficial civil. Yo tener tres mujeres: una muerta, otra

vieja muy buena la pobre, muy buena y enferma. Yo ahora vivir solo con mi Ignacia.

«Yo conocer ley cristiana. Yo saber ley argentina. Yo dejar costumbre paisana.

«Mi hijo, una sola mujer; mis hermanos una sola mujer, mi gente casarse ahora bien, presente señor Obispo.

«Viendo tan buenas disposiciones, Monseñor Cagliero lo confirmó junto con los suyos y poco después le administraba la *Primera Comuni3n*, nada menos que a la edad de *91 años*... ¡Caso más 3nico que raro en la historia!

«Después de lo cual el cacique se atrevió a pedir a Monseñor:

«Yo, señor, viejo y morir. Mi gente también morir. No tener camposanto. Querer sepultar cristiano, no paisano. Pido favor bendecir cementerio. Pido favor, señor Obispo.

«Accedió de muy buena gana Monseñor, bendiciendo una cruz, que remataba la planicie de una loma vecina».

Al terminar la misi3n, no se sabía qui3nes estaban más contentos, si Monseñor o Namuncurá: si los misioneros o la tribu del Aluminé. Monseñor sobre todo estaba feliz, porque había conseguido del anciano cacique, el permiso para que Ceferino pudiera seguir la carrera eclesiástica, a la que se sentía fuertemente inclinado; y también la autorizaci3n para llevárselo consigo a Italia, en un próximo viaje que pensaba realizar al viejo mundo Pero...

Manzana agusanada.

Crece en el Aluminé unas manzanas silvestres, que dieron nombre a los *indios manzaneros*.

Ceferino a la bella edad de 16 años parecía una de esas manzanas de la cordillera: simpático, agradable, con una dulce expresión en el rostro aceitunado, donde brillaban dos ojos negros, llenos de expresión y de inteligencia.

Pero era una manzana agusanada por una inexorable tuberculosis pulmonar, que iba minando su preciosa existencia, y que se manifestaba por una tos insistente y una debilidad general.

¿Qué hacer, dónde mandarlo?

Pues, a respirar los aires nativos. Era el remedio de la época. Irá, por lo tanto a Viedma, la capital del Río Negro, a la Casa Central de las Misiones de la Patagonia, donde Monseñor Cagliariro estaba levantando su catedral y su seminario.

Y un buen día, a principios de 1903, con un desgarramiento del corazón, Ceferino abandonó el Colegio Pío IX que fue su segunda casa durante cinco años.

El viaje es largo: 700 kilómetros en ferrocarril hasta Bahía Blanca: 300 kilómetros en mensajería o galera hasta Patagones y Viedma. Esta última etapa entre médanos y barquinazos, no estaba Ceferino en condiciones de afrontarla de un solo tirón. Tuvo que hacer un *intermezzo* en Fortín Mercedes, a orillas del Río Colorado.

¡Río Colorado y Río Negro!... ¡las dos paralelas líquidas de mil kilómetros de largo, que encierran el mejor valle de Sudamérica, la California Argentina, donde la cornucopia de la abundancia está arrojando monedas, peras, manzanas, tomates, damajuanas de vino y botellas de sidra!

Una línea transversal imaginaria une las orillas de ambos ríos gemelos. En la extremidad del Río Negro, se lee: *Chimpay*, donde nació Ceferino; y en la otra extremidad del Río Colorado se lee: *Fortín Mercedes*, donde reposan los restos mortales de Ceferino, al socaire del Santuario de María Auxiliadora, Patrona del Agro Argentino.

Nada de eso imaginaba Ceferino cuando antaño pasó por ahí en 1903 y a la vuelta en 1904. Existía tan sólo un incipiente colegio salesiano y la histórica capillita del Fortín Zelarrayán. Allí fue a orar, recor-

dando los malones de sus tíos Liev-Curá y Melicurá; y más aún las terribles imprecaciones de las hordas de su más famoso tío Reuque-Curá, aliado de San Martín en el cruce de la Cordillera de los Andes. Absorto en estos pensamientos, apenas si se dio cuenta cuando le avisaron: — Monseñor te está esperando, para seguir viaje a Viedma.

¿Habrás tenido revelación de lo que iba a acontecer con esa capillita? Hogaño caravanas de devotos van allí en peregrinación, para rezar al indiecito santo de la Patagonia.

Las tres S de Don Bosco.

No sólo la salud, sino también el latín lo empujaba a Viedma, para ser un día misionero de su raza.

—Ceferino, ¿qué pides al Señor en tus visitas al Santísimo Sacramento?

—Le estoy pidiendo las tres S de Don Bosco.

—¿Y cuáles son?

—¡Salud, sabiduría y santidad!

No cabe duda que es el mejor programa que pueda proponerse un estudiante, y más todavía un aspirante al sacerdocio.

¡Lástima es que no siempre se conjugan en un mismo individuo; y en el caso de Ceferino la primera S iba en razón inversa con las otras dos; pues, mientras aumentaban la sabiduría y especialmente la santidad, sensiblemente iba disminuyendo la salud, a pesar de

los solícitos cuidados del Padre Garrone, conocido en ambas márgenes como el «Cura Dotor».

A causa de lo cual, no pudo acompañar a sus compañeros que se trasladaron a la vecina localidad de Patagones, para seguir su aspirantado y noviciado.

¡Con qué gusto, sin embargo, iba a visitarlos a menudo en compañía de su director el Padre Bernardo Vacchina!

Después de atravesar el Río Negro en bote, se le veía subir la empinada cuesta de Patagones, llevando en sus brazos sendas canastas de fruta fresca, que había recogido en la quinta de los Padres, y que ahora traía de regalo para sus amigos. Se fatigaba mucho, en tal forma que antes de entrar en el colegio San José, tenía que detenerse en un rellano de la subida, para descansar y normalizar la respiración.

El buen compañero.

No es para describir las fiestas que le hacían sus compañeros de pocos meses antes. No podían menos de retribuir la atención de traerles fruta a tan subido precio, y las demás atenciones de que fueron objeto por parte de él apenas desembarcados en Viedma. El Padre De Salvo ha dejado escrito:

«Poco a poco, atraídos por la sencillez y la confianza que Ceferino dispensaba especialmente a los más pequeños, nos acercamos a él, como mendigando su amistad. Su alma, grande, desbordando por sus her-

mosos ojos negros, obedeciendo a su impulso noble, nos tomaba de la mano, nos animaba a jugar con él, disipaba nuestras tristezas infantiles, nos entretenía con narraciones interesantísimas, que él mismo salpicaba con gracias y chistes. Una de nuestras diversiones era fabricar arcos y flechas y con ellos tirar al blanco. Ceferino que en eso era un maestro, nos enseñaba. Probaba primero la calidad de la flecha; y si llegaba hasta la altura de la torre del colegio, le daba el visto bueno y nos la entregaba. Luego nos ejercitaba a tirar al blanco. Tanto adelantábamos, que estaba orgulloso de nosotros. También hacía diestramente barquitos, con los que jugábamos en las acequias de la quinta de San Isidro. Durante el viaje a la quinta, el Director nos hacía fabricar flautas de caña y de seda. En esto asimismo se lucía el indiecito, como también en la orquesta que se formaba y en el canto».

¿Te gusta carne de cristiano?

El mismo Padre De Salvo, sin querer, puso a prueba en una ocasión su virtud.

Estaban de *paseo general*, disponiendo de todo el día para corretear por los campos, cazar pájaros y martinetas y liebres, utilizando como armas, las hondas, los alambres y las boleadoras. Poco después del mediodía se cerraban alrededor de un apetitoso asado de ternera, que iba dorándose, mientras las bocas se hacían agua. Entretanto el mate amargo como exce-

lente aperitivo iba circulando de uno a otro en manos de Ceferino que era el «cebador oficial», por la habilidad y gracia sin igual que ponía en ello.

En un principio los «locutorios» están ocupados, porque nadie habla y todos comen. Mas luego un poco de vino aunque bautizado y el calor de la camaradería, sueltan la sin hueso, que se atropella para contar las mil y una peripecias de la cacería.

Ceferino no podía menos de recordar las aventuras de los guerreros indios, que cruzaban a caballo las pampas, dando alaridos y blandiendo las lanzas.

Miguelito con la inconsciencia de la edad y para salir de una duda que la andaba picando, le espetó a boca de jarro esta pregunta:

—Ceferino, *¿qué gusto tiene la carne humana?*

Namuncurá, profundamente herido por esa estocada a fondo que le partió el corazón, lo miró para cerciorarse si era ingenua esa pregunta; luego inclinó su hermosa frente y unas lágrimas brotaron de sus grandes ojos, como producto de destilación del heroico esfuerzo que tuvo que hacer para contenerse. Un profundo suspiro alivió la inesperada escena. Y ya no se acordó más. Únicamente que Miguelito fue en adelante su mejor amigo...

Prestidigitador.

«Momentos de recreo en uno de los espaciosos patios del colegio de Viedma... niños que se corren alegremente.

«Otros en pequeños corros departen con gran animación. En uno de estos grupos hállase Ceferino; a su alrededor los chicos apretújanse con curiosidad para ver mejor la prueba que el joven indígena está por efectuar.

—«Vamos a ver —dice sonriendo Ceferino, mientras muestra en su mano un pequeño mazo de cartas— tú, Ortiz, ¿quieres diablitos o corazones?»

«El aludido piensa un instante y luego exclama:

—«¡Corazones!

—«Ya está—. Y así diciendo, el improvisado prestidigitador despliega en abanico las cartas en las que se ve estampado un gracioso diablito.

—«Te equivocaste — exclaman todos gozosos por el supuesto triunfo.

—«¡Es cierto!: digo mal; yo no me equivoqué; son ustedes que han visto mal. Fíjense.

«Y después de dar un soplo a las cartas vuelve a mostrarlas; todas tienen grabados corazones.

«Los pequeños espectadores no salen de su asombro.

—«Suponiendo que todos estos corazones representen los nuestros —continúa Ceferino, reuniendo en mazo las cartas—: he aquí lo que debemos hacer: mandar de paseo al diablo diciendo: ¡sal afuera diablo malo!

«Y ante el estupor de los circunstantes surge del medio del mazo una carta, representando a un diablo muy feo, que salta al aire y luego cae al suelo.

«Los niños complacidos aplauden y tras una gentil

invitación del amable artista, acuden a la iglesia para hacer una fervorosa visita al buen Jesús».

Recordaba este episodio el Padre Ortiz, quien supo con sus malabarismos y juegos de prestidigitación, entretener a generaciones de aspirantes que pasaron por Fortín Mercedes.

Se complacía en señalar a Ceferino como su primer maestro que le inició en estas artes mágicas.

Un indio que convertía a los blancos.

Así lo definía su otro compañero, el Padre Domingo Pérez.

—¿Cómo es posible que hagan un garabato, en lugar de la señal de la santa cruz?

De esta manera se quejaba Ceferino de algunas personas y hasta de algunos seminaristas, que se descuidaban al hacer la señal del cristiano.

—¿Y en eso qué hay? — le replicó alguien para disculparse.

—¿No ves que *mandinga* (el diablo) en lugar de escaparse, porque le tiene horror, se ríe a carcajadas cuando ve esa mueca, que es una parodia de la cruz, que desbarató su reino? Y más si uno la hace con agua bendita: porque cada gota es para él como plomo derretido.

—Ese es un modo de decir; pero la realidad...

—La realidad, —concluyó Ceferino— es que la

señal de la cruz bien hecha y con agua bendita, es un *sacramental* que borra los pecados veniales.

El otro, ya acorralado y como para salir del paso, le preguntó:

—¿Y cómo se dice la señal de la cruz en araucano?

Namuncurá complaciente no se hizo rogar, contento de enseñársela en su idioma.

—Se dice así: *Chao, Fothum Kai, Espiritu Santo Kai, tañi gnuué meu. Felepé.*

Ahora es Ceferino que se ríe de gusto, al ver los apuros del compañero, torciendo la boca para imitarlo.

Paje del Santísimo Sacramento.

Bien se dijo de los afectados por la TBC, que cada golpe de tos es un martillazo en su ataúd. La tos persistente de Ceferino le interrumpió los estudios de latinidad y obligó a los Superiores a darle un descanso. Era Providencia de Dios que lo derivaba hacia lo que más le gustaba: estar cerca del Santísimo, conversar con el Prisionero del Tabernáculo, adornar sus altares, limpiar su morada. Y Ceferino fue sacristán.

Le tocó ser ayudante de ese otro santo coadjutor salesiano que fue Don José Caranta.

Se estrenó un día tocando el gran campanón de la torre de Viedma, para anunciar la muerte de León XIII, en julio de 1903.

Tres mañanas seguidas estuvo doblando por un

cuarto de hora. El frío intenso entorpecía sus miembros y el viento invernal cortaba sus mejillas.

—¿No sientes frío? —preguntóle Caranta—. ¿Quieres que llame a otro?

—¡Oh no es nada: peor se está en el infierno! Déjeme por favor y no llame a otro; que quiero tocar por la muerte del Papa que mandó a los Salesianos a convertir a la Patagonia.

No se aburría de las funciones de la iglesia, ni miraba como otros niños, con el rabillo del ojo el patio, listos para brincar en él. Viceversa: encontraba sus delicias en hacer guardia de honor, como un paje al Santísimo Sacramento. Arreglaba los ornamentos del altar, cuidaba que nada faltase, y aprovechaba cualquier ocasión para hacer visitas, y como Domingo Savio, invitar a otros para lo mismo. Las personas que lo veían rezar con tanto recogimiento, se decían:

—Es todo un santito; ese niño no es para nosotros.

Cabe el sagrario, Ceferino aprendió a mortificarse por quien tanto padeció por nosotros: y como Domingo Savio, sintió la necesidad de poner pedazos de ladrillo y trozos de madera en la cama, para atormentar su sueño.

Se le prohibió por supuesto; pero ya Don Caranta confesaba que: *A todos nos ganó el tirón en la santidad y en la virtud.*

Mundo, demonio y carne.

A los 16 años gallardean las pasiones: y comienza la lucha formal entre el hombre viejo y el hombre nuevo, descrita por San Pablo.

El hombre viejo de Ceferino, era no sólo secular, sino milenario, heredado del salvajismo de su raza, que se había incrustado en su naturaleza, no como un vestido, sino como la piel al cuerpo.

De ahí la heroicidad de ese joven que supo triunfar ampliamente del mundo, del demonio y de la carne, aunados en sus esfuerzos para perderle.

El mundo se le abría entre los parientes de su tribu en San Ignacio, adonde quería llevarlo su padre Don Manuel para que los conociera y los tratara.

—Rece —escribía al Padre Beraldi— porque entre unos días tendré que ir a mi casa, junto al río Aluminé. ¡Y quién sabe cuántos asaltos me dará el demonio para hacerme caer en sus manos y precipitarme luego de precipicio en precipicio...!

Tenía que llevarlo allá su hermano mayor Julián. Julián no vino y Ceferino no fue. Así se libró del mundo y de sus asechanzas.

Fungió en cambio de demonio un tío que vino de San Ignacio con el propósito de conducirlo asimismo a los toldos del Aluminé.

—Ceferino, —le dijo—; aquí encerrado vas a estar mal, triste y aburrido; allá podrás bailar y divertirte.

A lo que Ceferino contestó indignado y con toda resolución:

—No, tío; eso no es para mí. Yo tengo otro destino; yo no voy, estoy bien aquí.

Y así se libró también de aquel emisario del demonio.

El enemigo peor lo llevaba adentro: las pasiones de la carne, que como el caballo de Troya, introducen los enemigos en la propia casa.

Ceferino sintió sus mordeduras, mas con la gracia de Dios y su constante mortificación, las tuvo a raya, pudiéndose asegurar que conservó la inocencia de la estola bautismal, según el testimonio de sus directores espirituales.

Cuando más tarde ya en Italia, en compañía del Padre Vespignani visitaba los monumentos y obras de arte de Florencia, ante algunas desnudeces, no pudo menos que protestar:

—¡Qué feo! Eso no se permitiría ni en la Patagonia. ¿Y cómo las permiten acá?

El Padre tuvo que explicarle que eran restos del paganismo: paganismo que ya el indiecito había arrojado por la borda de su hombre viejo, para sustituirlo con la delicadeza angelical del hombre nuevo, *creado según Dios en justicia y santidad.*

IX | RUMBO AL VIEJO MUNDO

Un indio escritor.

Monseñor Cagliero intentó el último esfuerzo para salvar a esa flor de la Patagonia que se estaba agostando. Lo llevaría consigo a Turín, cuna de la Congregación Salesiana fundada por San Juan Bosco. Era Dios que así lo disponía, para reservar a Ceferino la gloria de ser el más célebre entre los indios que habían viajado al viejo mundo.

Colón llevó los suyos, y otros indios fueron llevados por famosos expedicionarios. En la expedición científica de Darwin embarcaron a Jimmy y a Button desde los canales fueguinos para Inglaterra. Los Padres Salesianos condujeron a Europa indios alacalufes y onas del Estrecho de Magallanes, indios bororos del Mato Grosso e indios jíbaros del Oriente ecuatoriano.

De casi todos se ha perdido ya el recuerdo. Ninguno

de ellos dejó un diario de a bordo o relatos de sus viajes.

Le estaba reservado al hijo de Namuncurá el ir a Europa de la mano de un obispo, más tarde cardenal; visitar las principales ciudades de Italia, estudiar en Roma a la vista de la cúpula de San Pedro, y dejarnos sus impresiones en magníficas cartas, donde no se sabe admirar más, si su letra caligráfica realmente notable, o la corrección del lenguaje; la perspicacia de sus observaciones o los nobles sentimientos que ellas trasuntan. ¡Qué diferencia va con el lenguaje *aindiado* de su padre plagado de gerundios y de infinitivos!...

Es el primer caso de un indio arrancado a las pampas, que haya dejado sus memorias para la posteridad. Se conservan más de 54 cartas originales. A través de las mismas, le acompañaremos en la última etapa de su vida.

Preparativos de viaje.

—¿Qué estás haciendo, Ceferino, dando vueltas por las tiendas y almacenes de Viedma?

—Monseñor Cagliero me dijo que me llevaría a Italia, y que me presentaría al Padre Santo vestido de gaucho.

—¡Qué suerte!

—Por eso estoy comprando un par de bombachas, y la camisa; el pañuelo para el cuello y el sombrero requintado, junto con el rebenque y un par de botas.

—Vas a estar realmente original con esa indumen-

taria. ¿Y qué le vas a obsequiar al Papa, acaso un par de boleadoras?

—¡Se te ocurre, amigo! Tengo aquí precisamente un flamante *quillango* de *chulenguitos* (guanaquitos) que acaban de traerme de casa. Se lo pondré a los pies del Papa.

—Dios te oiga, querido Ceferino; yo te envidio: quisiera ir contigo como esa manta india, aunque sea para estar a los pies del Sumo Pontífice de Roma.

De esta manera describe un compañero de Ceferino, los preparativos del viaje a Italia.

Rumbo a Buenos Aires.

Llegó el momento de partir. Las poblaciones de Viedma y Patagones se dieron cita a ambas márgenes del Río Negro, aguardando el paso de Monseñor Cagliero. Un vago presentimiento les decía que nunca jamás volverían a ver al «civilizador de la Patagonia», después de casi treinta años de trabajos apostólicos. La despedida fue tan cordial que hizo olvidar antiguos resquemores y brotar lágrimas de emoción a todos los circunstantes. Hasta el cielo encapotado acompañaba con una llovizna tenue y persistente. Los boteros en aquella ocasión, no quisieron cobrar nada a nadie, y pasaron gratuitamente en sus botes a todos los pasajeros.

Ceferino, con la alegría de un viaje fantástico que

se le abría por delante, no pudo ocultar sin embargo, la emoción que le embargaba, al dar el adiós a la tierra que le vio nacer y a la que tampoco iba a volver.

En la mensajería de entonces —estamos en julio de 1904— pasaron nuevamente por Fortín Mercedes, para tomar luego en Bahía Blanca el tren que les condujo a Buenos Aires.

Desde la Capital escribe al padre Esteban Pagliere, primer sacerdote salesiano argentino, que ha quedado supliendo a Monseñor Cagliero como Pro-Vicario de la Patagonia:

«Muy Rdo. Padre:

«Hoy 12 de julio llegamos a Buenos Aires, después de un feliz viaje. Encontré aquí en el colegio Pío IX muchos niños conocidos del año 1902, los cuales me saludaron cortésmente y me acompañaron durante los recreos.

«Me preguntaron por su reverencia y contestéles que se hallaba muy bien y que gracias a Dios había empezado ya su tarea apostólica con mucho celo y actividad.

«He oído decir que a Monseñor se le preparan lindas fiestas. Saldremos para Italia el martes 19 del corriente con los siguientes: Monseñor, Padre Inspector (P. Vespignani), Padre Garrone, señor Luis Blanco, Padre Burlot, Don Pedro Torrero y *Ceferino*.

«De mi parte le prometo no olvidarme de su reverencia en mis pobres plegarias, especialmente ante

la Virgen Santísima Auxiliadora y en la tumba de Don Bosco en Valsálce.

CEFERINO NAMUNCURÁ».

Despedida a Monseñor Cagliero.

Escribe al mismo Padre Pagliere:

«¡Viva Jesús y María!

«Almagro, julio 18 de 1904.

«El Padre Dr. Garrone me ha dicho de comunicar a S. R. que el doctor que irá por allá a ocupar su puesto es el Dr. Carlos M. Hildemann, médico cirujano. Dice que es muy bueno ese doctor.

«Ayer domingo se hizo una simpática fiesta en el colegio. En la academia literario-musical, después del discurso del exalumno Angel Chiesanova, Monseñor tomó la palabra y durante su pequeño discurso arrancó lágrimas de sentimiento al numeroso auditorio, entre ellos también el Ilmo. Mons. Villanova Zans y R. P. Grotte. Monseñor muchas veces decía las palabras entrecortadas. Dijo también que a la República Argentina la llamaba él: «La Católica Argentina». Pues, había hablado con los dos primeros magistrados de la Nación, y que ellos le habían prometido sostener siempre la Religión santa y ser siempre sumisos y fieles al Romano Pontífice Pío X; que pediría siempre

al Santo Padre la Bendición Apostólica para la Nación y las Misiones.

«Monseñor bendice a todos de corazón. En otra carta diré el resultado de la próxima despedida».

Impresiones de viaje.

Apenas pudo, Ceferino cumplió con su palabra, y desde Las Palmas, puerto de las Islas Canarias, después de 15 días de navegación, relató así sus impresiones al Pro-Vicario de la Patagonia. Podrían figurar al lado de un corresponsal de diario.

«Las Palmas, agosto 4 de 1904.

«El Señor no podía concedernos un viaje más feliz que hasta aquí hemos tenido. Puedo decirle con verdad, que desde que salimos de Viedma hasta aquí, hemos pasado de fiesta en fiesta que dedicaban al Ilmo. Arzobispo de Sebaste.

«Cuando nos embarcamos en Buenos Aires, vinieron a bordo del vapor "Sicilia", los Ilmos. y Rmos. Mons. Sabatucci (Internuncio), Boneo y Villanova Zans, muchos padres y señores de la alta aristocracia bonaerense. No puedo decirle quiénes eran, porque andaba muy de prisa en llevar los bultos de Monseñor y demás padres; y había tanta gente, que no podía pasar con ligereza, tanto en tierra como en el vapor.

«Al fin salimos de Buenos Aires, a las 12 del día

martes 19 de julio. Al día siguiente a las 8 de la mañana llegamos a Montevideo. Subieron allí el Padre Gamba (Inspector) con dos sacerdotes y un hermano. Antes del mediodía salimos de Montevideo y después de cuatro días de feliz viaje llegamos a Santos. Después de las 12, la banda del colegio salesiano de San Pablo vino a saludar a Mons. Cagliero con la marcha Real Italiana y el Himno Nacional Brasileiro y con varias marchas. No faltaron tampoco los calurosos discursos de despedida y feliz viaje acompañados de nuestros aplausos. Todo esto a bordo de nuestro piróscapo.

«A las cuatro de la tarde dejamos a tantas buenas gentes en Santos. A las 8 del día domingo siguiente, 24, llegamos a Río de Janeiro. Allí nos aguardaba otra sorpresa. Los niños todos en un vaporcito con su banda vinieron a saludar al Ilmo. Prelado de Sebaste. Un cooperador salesiano declamó un discurso de la *gran ocho (sic)* al venerado Pastor. Después bajó Monseñor y comitiva y fuimos a unirnos con los hermanos y niños del vaporcito y estuvimos con ellos hasta la una de la tarde. Monseñor no pudo bajar a tierra por falta de tiempo. Así es que la fiesta se hizo toda en el vaporcito. Los niños cantaron varios cantos con acompañamiento de la banda municipal a Monseñor, el cual estuvo muy satisfecho y contento de la pequeña demostración de amor filial de aquellos buenos hermanos y niños del Brasil.

«A la hora señalada subimos al vapor con el R. P.

Peretto, con otros dos sacerdotes y un padre capuchino.

«Yo no sufrí todavía mal de mar y me estoy poniendo cada vez más *morrudo*. Cuando llegue a Turín mandaré en seguida otra carta y al mismo tiempo le envío mi filial felicitación en ocasión de su cumpleaños.

CEFERINO NAMUNCURÁ».

Observación. — Viajaban en esa ocasión otros muchos padres que iban a Turín para celebrar el X Capítulo General Salesiano. Entre ellos estaban los que más tarde serían el Arzobispo Monseñor Helvecio Gomes de Oliveira, y los obispos Mons. Malán y Mons. Mourao. Quien recuerda esto es Mons. Francisco De Aquino Correa, Arzobispo de Cuyabá, que entonces era novicio con destino a Roma. No duda en afirmar que el *novicio de 19 años* tuvo mucho que aprender del *aspirante de 18 años* que era Ceferino Namuncurá, a quien conoció y trató a bordo, durante la travesía.

Llegada a Génova.

Ya antes de llegar a Turín, Ceferino relataba sus impresiones al Padre Pagliere, apenas desembarcado en la reina del Adriático. Interesará sin duda conocer las primeras impresiones de un indio patagónico al llegar al viejo mundo: así como han debido interesar enormemente las primeras noticias que llegaban a

Europa de los indios y de las tierras descubiertas en el nuevo mundo

Así, pues, escribe desde el colegio salesiano de San Pier d'Arena.

«Génova, 11 de agosto de 1904.

«Llegamos felizmente ayer, 10 de agosto, a las 7 y media de la tarde a nuestro colegio, sanos y salvos de todo peligro.

«Debo notarle, que aquí ya empezaron en mí las impresiones, las maravillas y demás cosas que me llaman la atención; la admiración que me causa al ver por primera vez nuevas tierras, el mundo viejo.

«Desde Barcelona donde subió el R. P. Bertagna, para Italia con nosotros, fuimos costeadando la tierra. Lo que admiraba era que en esas costas nunca terminaban las casas; las pequeñas poblaciones cerca unas de otras, como a la distancia de diez cuabras y cuanto más media legua.

«En modo especial en las costas italianas. En una pequeña división y reunión de unas veinte o treinta casas lo primero que se veía era la torre de la iglesia. En la última mañana del día 10, habré podido contar *más de 200 iglesias*, pues en cada división de colinas, médanos o montañas, había más de diez iglesias. *¡Oh, si la Patagonia tuviera tantas iglesias como aquí! ¡Sería el más feliz de todos!*

«¡Y Génova, qué bella vista presenta! ¡qué panorama! ¡qué bello golpe de vista! Esa ciudad, al pie de una colina, defendida toda con enormes cañones,

que asustan al mirarlos; pues en algunas bocas de esos cañones, puede ir un hombre con su escoba y limpiarlo.

«Perc no puedo seguir, porque no soy geógrafo ni historiador para pintarla tal como es, porque todavía no la he visitado. Cuando vuelva el Padre Garrone, le mandaré unas cuantas vistas de los países que he visitado.

«El Señor y la Virgen Santísima Auxiliadora cuidarán de mi salud, me darán lo necesario para seguir mis estudios; en fin, lo que desea Don Bosco que tenga: **Salud, Santidad y Sabiduría.** *De estas tres S, no me escaparé más.*

«Soy de S. R. su S. S. y amigo:

CEFERINO NAMUNCURÁ».

¡Admira realmente tanto progreso intelectual como moral en un indiecito que apenas había salido del sexto grado elemental!

Se encuentra con un santo.

Por fin había llegado a la Tierra Santa Salesiana, al Oratorio de Turín, donde se conservan los recuerdos de Don Bosco, a la sombra del Santuario de María Auxiliadora, en cuyo frontispicio está escrito: **Esta es mi casa; de aquí saldrá mi gloria.**

La mayor emoción, no obstante, de Ceferino fue el haberse encontrado con un santo, el primer sucesor de Don Bosco, llamado Don Miguel Rúa. He aquí cómo relata su entrada en la Casa Madre de Turín.

«Colegio S. Fco. de Sales. — Agosto 16 de 1904.

«Rmo. P. Pagliere:

«Como le prometí en mi anterior carta, he aquí que cumplo mi promesa de escribirle lo más pronto posible. Llegamos a Turín el trece del corriente, a las diez y media de la mañana.

«El Oratorio estaba de gran fiesta por la llegada de Mons. Cagliero. Las hermosas banderas de varias naciones y los arcos triunfales contribuían a la hermosura de la fiesta y al esplendor del colegio.

«Ahora tengo que decir la verdad. No faltó la banda del colegio, los vivas y nutridos aplausos de los niños al ilustre Arzobispo de Sebaste y... *al hijo del Cacique Namuncurá.*

«Después de todo, fuimos a saludar a Don Miguel Rúa, el cual al vernos llenóse de consuelo. Yo me hiqué delante de él, como también el Padre Garrone; y de alegría asomáronse las lágrimas a los ojos, al tener la dicha de saludar al santo sucesor de Don Bosco. Enteróse particularmente del estado de mi salud, estudio y familia. Me faltaban las palabras en este instante y él con caricias me consoló. ¡Qué bondad la de Don Rúa! Estuvimos media hora conversando y al fin le besé la mano y me retiré con los demás Superiores.

«Fui al Santuario de María Auxiliadora y recé a la Santísima Virgen por todos; y en este santo lugar también me saltaron las lágrimas; y casi todas las veces que voy me sucede lo mismo. ¡Ah amado Padre! durante las funciones sagradas ¡qué paraíso en este Santuario de la Virgen!

«El 15, fiesta de la Asunción de nuestra Madre, la sagrada función de la tarde parecía un verdadero paraíso terrestre. Mons. Cagliero vino a dar la Bendición Pontifical: la iluminación que había, las músicas que se oían, el órgano del Santuario...

«Ahora acabo y dispense que le digo pocas cosas, porque si le contara todas estas fiestas tendría para hacer un libro; porque han sucedido muchas otras cosas que la humildad no me lo permite. Se lo dejo a los diarios.

CEFERINO NAMUNCURÁ).

Observación. — Además de la publicidad en los diarios, no dice Ceferino que fue tratado como un *miembro especial* del Congreso Salesiano, del que era el benjamín de todos. Ocupaba un asiento en la misma mesa de los Capitulares, con quienes alternaba en franca camaradería. Nunca un Capítulo General contó con un miembro tan original.

Pudo ver a Don Bosco.

En el Santuario de María Auxiliadora había encontrado su paraíso. Allí se lo pasaba rezando, como en éxtasis, sin que notara como también pasaban las horas. Ya se sabía en el Oratorio que para encontrarlo, al igual que a Domingo Savio, tenían que buscarlo en la iglesia.

El Hermano José Arrio con quien hizo migas desde un principio, en són de broma se propuso disuadirlo:

—¿No te aburres de tanto rezar? ¿No ves que el Señor y la Virgen están demasiado ocupados? Tienen

asuntos mucho más importantes para atender que los tuyos.

Ceferino abrió tamaños ojos ante tamaña herejía, y no pudo menos de contestarle:

—Yo estaría gustoso todo el día a los pies de la Virgen. ¿No sabes que en el cielo estaremos siempre contemplando a Dios, a María Santísima y a Don Bosco?

Y fijaba su mirada en la artística cúpula del Santuario pintada por Rollini, exalumno del Oratorio. Al observar esa grandiosa alegoría, tuvo un momento de envidia. Allí está representado Monseñor Cagliero, ofreciendo a Don Bosco, todavía vivo, un indígena de la Patagonia como primera flor de sus trabajos apostólicos.

A él también lo había traído Monseñor Cagliero, pero ya no tuvo la misma suerte de ver a Don Bosco. ¡Cuánto daría por verlo! ¿Cómo podría conseguirlo?...

—No te aflijas, Ceferino. Dios ha de querer que lo veas.

En efecto, por esos días, se estaba celebrando, como se dijo, el X Capítulo General, en la Casa de Valsálce, donde reposaba el cuerpo de Don Bosco.

Es el caso que se necesitaba exhumarlo, como requisito para proseguir la Causa de Beatificación y de Canonización ya incoada. Tres años más tarde iba a ser declarado Venerable.

Monseñor Cagliero, haciendo una verdadera excepción y distinción para su caciquito, se lo llevó de la

mano, para que viera con sus propios ojos a Don Bosco. Sólo la cara estaba enjuta y oscura; ¡pero era él! aún se le reconocía. Los viejos que lo habían conocido, lloraban de conmoción.

Ceferino nunca olvidó ese primer contacto con el Padre. ¿Era acaso el preludio de que iban a estar eternamente juntos en la Basílica de San Pedro en Roma...?

¡Es un perfecto caballero!

El mismo José Arrio cuenta que mientras acompañaba a Ceferino por las calles de Turín, la gente se paraba para mirar al extraño turista venido de ultramar, y comentando entre sí, se decían en el sabroso dialecto piemontés:

—*Carí, curí, a ved'un moru!*

—¿Qué están diciendo estas buenas gentes? — interrogó Ceferino.

—*¡Corre, corre para ver a un moro!* Con ese color, con ese porte, con ese lenguaje, te toman sin duda por un americano.

A lo que replicó Ceferino con orgullo:

—*¡Sí, soy americano, y por añadidura de la Patagonia!*

¿Qué es, qué no es? Lo cierto es que, o bien sea por los artículos de los diarios dando cuenta del *Figlio del gran cacico*, o por los comentarios del público, llegó a oídos nada menos que de Su Majestad, la reina Margarita de Italia, la existencia de un príncipe pa-

tagónico. Y que se domiciliaba en la Casa Madre de Valdocco.

Invitada una vez a visitar la exposición profesional y misionera organizada en el Oratorio, se le hizo la presentación de Ceferino.

Así tuvo oportunidad de platicar con él, admirando la reina madre lo despejado de su inteligencia, la serenidad de su porte, y la gentileza de sus modales; todo lo cual se sumó para hacerla expresar entusiasmada a sus superiores este juicio:

—*¡Pero si a este joven, nada le falta para ser un perfecto caballero!*

La frase quedó consagrada. Y no obstante no se envaneció el Príncipe araucano.

Una ducha de agua fría...

Era precisamente lo que se temía Monseñor Costamagna: que Ceferino, se mareara con el incienso de los homenajes.

De carácter ardiente, sin pelos en la lengua y que no hacía decir las cosas por un tercero, era el tipo más a propósito para bajar, por si acaso, los humos al que tanto festejaban. No perdió la oportunidad cuando al encontrarlo en el Oratorio, le interpeló en su estilo ex-abrupto:

—¿Qué es lo que has venido a hacer en Italia?

—A estudiar, Monseñor.

—¿Y dónde están los libros? Yo te veo siempre pasear de un lado a otro.

Una vez que lo tuvo bien enjabonado, le largó el chorro de agua fría, añadiendo:

—¡Vamos soberbio! no vayas a creerte un superhombre. Todo lo que se dice es mentira. ¡Mirad al soberbio cómo se pone ancho...!

A Ceferino, tomado así de improviso, ciertamente se le habrán rebelado todos los instintos de indio que dormían allá adentro. Pero se frenó. No sabiendo qué responder, se estaba en actitud humilde, con la apariencia de un pollito mojado, levantando los ojos como para implorar perdón, y esforzándose por asomar una sonrisa que le temblaba en la comisura de los labios.

Acudió entonces en su favor el Padre Vespignani que era su paño de lágrimas, para enjugarlo con la toalla de sus cariñosos modales. Y encarándose con el obispo del Sinaí le manifestó:

—¡Vamos, Monseñor, esto ya es demasiado; déjelo tranquilo!

La ducha fría había sido fuerte; mas Dios, que exalta a los humildes, dispuso que Ceferino fuera a Roma para su glorificación.

Visita los monumentos.

Acabadas las sesiones, los Capitulares del X Congreso Salesiano fueron a Roma para presentarse al Padre Santo, que lo era entonces Pío X, con el fin de pedirle la bendición antes de retornar a los países de origen.

Ceferino como *miembro especial* de los mismos, los acompañó hasta la Ciudad Eterna. Le notifica al Padre Pagliere:

«Roma, septiembre 26 de 1904.

«Le escribo desde la capital del mundo católico. Ansiamos todos el momento de ir a ver al Papa, a nuestro Santo Padre Pío X, y creo que la audiencia será mañana. No le escribo muchas cosas, porque lo dejaré para después de mi visita al Vicario de Cristo. Solamente le diré que con el P. Doctor Don Garrone, hemos visitado las Basílicas de San Pedro y de San

Pablo, Santa María la Mayor, y muchos otros monumentos de la antigüedad, como ser Coliseos, templos paganos y jardines antiguos.

«Dios quiera que me quede en Roma a concluir mis estudios y este es mi único deseo».

La audiencia con el Padre Santo fue concedida para el 27 de setiembre. Vamos a dejar íntegramente a Ceferino que nos narre sus impresiones, porque es tal vez la *obra maestra* de sus cartas; donde con el corazón emocionado en la mano, describe el momento cumbre de su vida.

La memorable audiencia.

Le escribe al Padre Pagliere desde Milán, unos días después de la inolvidable audiencia.

Colegio Salesiano San Ambrosio. — Octubre 3 de 1904.

«¡Viva Pío X!

«El 27 del pasado setiembre era admitido en audiencia por Su Santidad Pío X, el ilustrísimo Monseñor Juan Cagliero con otros treinta Padres, Superiores de las Casas Salesianas de América; y entre ellos "el hijo del Rey de las llanuras Patagónicas". (Así dicen los diarios de Roma).

«A las diez horas y media a. m. tuvimos la máxima dicha de postrarnos ante los pies del Vicario de Cristo en la tierra. Yo tuve la gran fortuna de ser el primero,

después de Monseñor y Don Marengo (Procurador), de besar el Sagrado Anillo de Su Santidad.

«¡Ah, mi amado Padre, si hubiera estado presente en ese momento hubiera podido comprender la bondad del Padre Santo! A ninguno dio a besar el pie. A todos, uno por uno, la mano venerada. A mí me llenó de caricias. ¡Oh, qué amable es el Santo Anciano del Vaticano!

«Después que todos saludamos al Santo Varón, el mismo Santo Padre me hizo señas de que comenzara *mi discursito*, pues le había dicho antes Monseñor Cagliero que yo diría algunas palabras en italiano.

«Cuando empecé, todo lo hice sin sentir nada en el cuerpo. Pero después que estaba en la mitad, todo mi sér se puso en movimiento: las piernas me temblaban, las manos igual: la voz se me perdía un poco en la garganta. Hasta que al fin, cuando me arrodillé para pedir la bendición a S. S. sobre mi persona, familia y para los indios de la Patagonia, se me aumentaron los temblores y las lágrimas saltaban de mis ojos; finalmente concluí, pero bien.

«Y el Santo Padre, ¡con qué atención, amor y afección me escuchaba! No quiso tampoco sentarse en su trono; Monseñor le dijo que se sentara y él contestó:

—*Cosí in piedi sto bene. Lasciami stare.*

«¿Veis, Padre, qué bueno es? Después que yo acabé, él mismo me levantó y me habló, contestándome sobre lo que le había dicho; y aquí le diré casi tal como me lo dijo en italiano. Se lo traduzco en castellano,

porque en italiano no lo puedo escribir bien; todavía no soy muy guapo para escribir en italiano. Pero ya lo hablo bastante bien.

«He aquí las palabras del Padre Santo.

—«Bueno, hijo mío, te doy gracias por lo bien que hablas del Vicario de Cristo. Quiera el Señor que puedas poner en práctica todo lo que en él dices: de convertir a todos tus hermanos de la Patagonia en Jesucristo. Y yo, a este fin te doy de todo corazón mi Apostólica Bendición. Dí a tu papá que el Santo Padre lo bendice a él, a toda su familia y a toda la gente que está en su poder. Dios te bendiga, hijo mío.

«Mientras decía estas cariñosas y paternales palabras, yo no podía contener las lágrimas. ¡Oh cuánta bondad la del Padre Santo!

«Después que me dirigí dichas frases habló a todos en general, agradeciendo la filial visita, e impartió su santa y apostólica bendición. Creerá quizá ahora que aquí habrá acabado la audiencia, pero tenga paciencia, amado Padre, de seguirme donde yo lo conduciré por medio de la presente.

«Dada por S. S. la bendición a todos, Monseñor le presentó el plano de la *nueva iglesia de San Carlos*, (Buenos Aires) y le rogó que escribiera de su puño y letra su santa bendición sobre dicho plano. El bondadoso anciano con una sonrisa propia de un santo, de Padre amable hacia sus hijos, contestó con todo cariño de su alma:

—«Sì, come no. Vengan in tanto avanti, tutti quanti.

«Y nosotros pasamos enseguida a otra sala, en su

escritorio, y le hicimos corona. A su izquierda se sentó Monseñor Cagliero y todos los demás en pie. Mientras escribía Su Santidad, Monseñor le dijo:

—«*Quanta bontà, Santo Padre!*

«Y Su Santidad contestó:

—«*Per questi figli miei...*

«Además de ser el Padre Santo cariñoso y amable, era también muy alegre. *Aquí viene lo mejor y lo más preciso.*

«Concluido de satisfacer a los deseos de todos el amable Pío X, Monseñor presentó a todos los Padres, uno por uno, diciéndole el lugar de destino: a todos tenía algo que decirles. ¡Cuánta bondad la del Santo Padre! Mientras todo estaba en calma, yo me repuse de nuevo y no lloré más. A continuación todos nosotros pasamos nuevamente besando el sagrado anillo del Pescador, para despedirnos. Yo me quedé bien último en besar el Santo Anillo y Su Santidad me hizo una caricia.

—«*Addio mio caro figliuolo!* — me dijo con tanta dulzura.

«Ya habían salido todos los Padres y yo solo me quedaba un poco atrás. El obispo que cuidaba a S. S. me llama y me dice:

—«*Ti chiama Sua Santità.*

«Yo vuelvo atrás y me conduce al escritorio del Padre Santo que estaba sentado y buscaba una cosita. Yo me hiqué delante de S. S. y junté las manos. Finalmente S. S. sacó *un rico estuche que contenía una medalla de plata.* De un lado tenía el busto de

S. S. Pío X y del otro, él mismo que indica a los fieles la Inmaculada. Le besé nuevamente la mano y me hizo una caricia. Le di las gracias y él con una dulce sonrisa me despidió. Yo salí de la estancia contento como un no sé qué decirle por el hermoso regalo; *altro* que hermoso; preciosísimo y santo recuerdo de un Vicario de Cristo, del que representa a Jesucristo mismo en la tierra.

«Quizá me haya hecho este regalo porque yo le regalé un precioso *quillango de guanaco* que S. S. junto con Monseñor Cagliero lo pusieron al pie del trono. Como quiera que sea, a mí me basta saber que el Papa, muy rara vez hace un regalo a uno. Estoy muy dichoso al tener la dicha de guardar un recuerdo del Rey Santo de los católicos. ¡Dios sea bendito por esto!

«Salí solito de la sala de audiencia y me fui a juntar con los demás Padres. Aquí me rodearon todos y me preguntaron el por qué me había llamado el Padre Santo. Y yo mostré el estuche colorado, que en la parte superior tenía el escudo papal, y lo abría para que vieran la medalla. Monseñor me dijo que era muy afortunado y así los demás Padres.

«En fin, para acabar de hablar del Padre Santo, baste decirle que todos los Padres decían:

—«Es un Padre de los Salesianos. Es un gran Papa. Mejor no nos podía tratar; y nosotros fuimos demasiado imprudentes. Nos hemos aprovechado de su bondad...

«Además la audiencia duró media hora y algo más.

Durante media hora hemos podido contemplar el rostro venerado, amable y paternal de nuestro Santo Padre. *Jamás me olvidaré de este día tan feliz.* ¡Oh, qué bueno es el Padre Santo Pío X! ¡El Señor y la Virgen Inmaculada lo conserven por muchos años...!

«Ahora, amadísimo Padre, para no ser más largo que el *Passio* de *Viernes Santo*, concluyo mi pobre relación, contento si satisfago en algo sus deseos. Acuérdesse de este su humilde hijo en Jesús y María:

CEFERINO NAMUNCURÁ».

Después del Tabor el Calvario.

Al final de la estupenda carta anterior decía Ceferino:

«Yo también he hecho mi gira. —(Había pasado por Florencia y Milán)—. Pasado mañana volveré a Turín y visitaré las casas salesianas de esa provincia. Después volveré nuevamente a Roma, y allí: "*Asiento Pastoral*"».

Con esta frase indicaba que se iba a entregar a los estudios de latinidad, para luego recibir la tan suspirada sotana que le permitirá ser el misionero de su raza.

Fue destinado, en efecto, al Colegio Salesiano de Villa Sora, Frascati, en uno de los suburbios más encantadores de Roma, por sus jardines, fuentes, pala-

cetes y paisajes. Sigue escribiendo al finalizar el año 1904:

«Son ya dos meses que he empezado el año escolar. Sigo mis estudios en italiano. Tengo que hacer doble esfuerzo, porque nunca he estudiado en italiano y con lo poco que aprendí en Italia, me tengo que arreglar. Sin embargo no estamos muy atrasados. *No soy de los últimos de la clase. Si no fuese por el idioma, sería el primero*».

¡Es admirable este indiecito, que puesto en parangón con los estudiantes de Buenos Aires y Viedma, Turín y Roma, sale airoso en su cometido, hasta poder afirmar: «No soy de los últimos de la clase. Y si no fuera por el idioma, sería el primero!»

Juicio plenamente compartido por sus profesores y maestros que no acaban de asombrarse de la contracción al estudio y de los rápidos progresos, en quien no había tenido ninguna tradición literaria.

Desgraciadamente esa manzana de la cordillera estaba agusanada; ese indio manzanero tenía el bicho de la tuberculosis que iba terminando con su existencia.

Escribía el 21 de marzo de 1905, al Padre Beraldi: «Aquí me tiene S. R. a darle una noticia que poco le agradará ciertamente. Cuando estaba en Viedma, S. R. a menudo me repetía:

—«*Vale más un burro vivo, que un caballo muerto.*

«La razón de las razones es de S. R. Ahora estoy más muerto que vivo. No asisto más a la clase, porque la salud no me lo permite. Viene el bondadoso y amo-

roso Monseñor Cagliero de Turín a Roma a propósito por mí, para arreglar mis cosas. ¡Pobre Monseñor! esto lo siento; ¡tantos sacrificios hizo por mí!

«Los superiores de este colegio me aconsejaban:

—«*Senti, prendi tutti i tuoi libri e portali in cucina e fa fuoco. Poi va tra le montagne a prender aria.*

«Y yo me voy al olivar del colegio a tomar aire, y me paso las horas, viendo la cúpula de San Pedro. Porque los recreos que hago no son recreos. Solamente voy al patio a tomar aire. Después, siempre solo, sin hablar con ninguno».

Y añadía:

«Además de la enfermedad, tengo muy poco apetito. Raras veces cómo un pan al día entre café, almuerzo, y cena. Me dan dos huevos al día: al café y a la cena.

«¡Benditos sean Dios y María Santísima! Basta que pueda salvar mi alma; y en lo demás hágase la santa voluntad del Señor».

En el hospital.

No bastando el descanso y la eximición de clases para reponerlo, los superiores pensaron en someterlo a una cura seria bajo los cuidados nada menos que del notable doctor Lapponi, médico de León XIII y de Pío X.

Así se lo manda decir Ceferino a su anciano padre Don Manuel Namuncurá que andaba ya por los 95

años, en una de sus últimas cartas del 21 de abril de 1905.

«Hace un mes que empecé una cura seria para sanarme del todo. El doctor que me asiste es uno bueno y muy distinguido, porque es el Doctor del Papa, el Sumo Pontífice. Se llama Lapponi. Me hace dos visitas al día. De aquí a dos semanas me voy del hospital y voy a otro hospital cerca del mar».

Ese hospital no fue otro que el que está ubicado en la isla tiberina de San Bartolomé, atendido por los Fatebenefratelli, o sea los Hermanos de San Juan de Dios

Allí quedó clavado en el lecho de su dolor, sin que ya pudiera levantarse más. Su cara está demacrada y hundida. La tos le martillea el pecho: todo lo sufre sin quejarse, completamente resignado a la voluntad de Dios.

Y más que su salud, se interesa por la de su vecino de cama, atacado por la misma enfermedad. Y así le dice al Padre Yorio:

—Yo pronto me iré. Le recomiendo a ese joven que está a mi lado. Venga a visitarle a menudo. ¡Si supiera usted cuánto sufre! De noche no duerme casi nada. Tose, tose...

Dios llama al hijo del desierto.

Ese último acto de caridad hacia un colega de infortunio, fue la carta de recomendación para la eternidad. Se le administró la Extremaunción.

Monseñor Cagliero que lo asistió, refiere:

«¡Oh sí, recuerdo sus últimos momentos, resignado a la santa voluntad de Dios, tranquilo en su alma, pacientísimo en sus dolores; agradecido a la divina gracia y lleno de deseos del Paraíso y de unirse pronto a la Virgen Auxiliadora y con el Venerable Padre Don Bosco, al que había aprendido a amar y venerar como hijo suyo amantísimo!»

¡Cómo cambian las cosas! Hace exactamente 50 años, eran los indios, en la visión de Don Bosco, que velaban al joven Cagliero moribundo: ahora es Monseñor Cagliero que vela la agonía del último de los Piedra.

A las seis de la mañana del día *11 de mayo de 1905*, en la Roma eterna y maravillosa, en una isla del clásico Tíber, no lejos de las ruinas del Foro Romano y con el pensamiento en Dios y en el Papa, se extinguió la cortísima vida del nieto de Calfucurá, fundador de la dinastía de los Piedra; del hijo de Namuncurá, que dominó en cuarenta mil leguas de pampa: del pobre indiecito que naciera en la mísera toldería de Chimpay y que soñó, durante siete años, con ser sacerdote salesiano y volver a su patria para evangelizar a los indígenas de la Patagonia. Faltaban poco más de tres meses para cumplir los 19 años.

Al subir su alma al cielo en esa alborada, el sol naciente incendió el horizonte con la explosión de la primavera romana.

El hombre.

Para toda empresa grande se necesita *el hombre y una santa chifladura*. Ambas cosas se encontraron en el Padre Luis J. Pedemonte, Superior y veterano misionero de la Patagonia.

La monografía de Fortín Mercedes, al conmemorar el Centenario de la Expedición al Desierto de Rosas, en 1933, encendió la chispa con un artículo sobre Ceferino Namuncurá.

El Padre Pedemonte la transformó en tea, y con esa tea en sus manos apostólicas, iluminó el sur patagónico, haciendo entrar en escena la simpática figura del muchachito de las pampas.

El se interesó para que los restos de Ceferino por intermedio de ese gran salesiano el Padre Adolfo Tornquist se exhumaran del cementerio del Campo Verano de Roma y fueran repatriados (1924), para descansar

en la histórica capillita de Fortín Mercedes, santificada por su presencia cuando aún vivía.

El fue quien popularizó la existencia de esta flor del desierto, publicando las primeras biografías e iniciando los estudios ceferinianos, que ahora tienen sede permanente en Buenos Aires, Bahía Blanca y en Fortín Mercedes.

A sus infatigables gestiones, se debe en fin, la introducción de la Causa de Beatificación y Canonización de Ceferino Namuncurá, que se llevó felizmente a cabo en la Curia de Viedma, pasando luego a segunda instancia en el proceso apostólico de la Santa Sede.

De Chimpay a San Pedro.

La tenacidad y santa audacia del Padre Pedemonte tuvieron la virtud de suscitar una legión de devotos admiradores de Ceferino, quienes van a porfía trabajando para que la nueva luz que se ha prendido, sea puesta sobre el celemín y el santo indiecito vaya caminando hacia los altares, para demostrar así su extraordinario poder de intercesión.

A decir verdad, Ceferino ya está sobre el celemín, habiendo entrado de la mano de Don Bosco junto con su colega Santo Domingo Savio en la basílica de San Pedro de Roma. Está ubicado en la hornacina que da sobre la bronceínea estatua de San Pedro *ex cathedra*. No importa que no esté bajo la cúpula de

María Auxiliadora de Turín, si está bajo la cúpula de San Pedro de Roma.

Es lo que más ha impresionado al insigne escritor Gálvez de quien hemos espigado generosamente: eso de contemplar a un aborigen viniendo de los últimos confines de la tierra, que paso a paso desde Chimpay se va abriendo camino al centro de la cristiandad: entra en San Pedro, la iglesia más suntuosa del catolicismo y se coloca en línea con los grandes fundadores de las Ordenes y Congregaciones religiosas, en la misma forma que se había alineado entre los Padres Capitulares de la Sociedad Salesiana.

Ahora falta que, al igual que Domingo Savio, por un momento se desprenda de los brazos de Don Bosco, para saltar a la gloria del Bernini y recibir allí el espaldarazo de la máxima glorificación en la tierra.

¡Entonces sí, después de haber admirado al *indio escritor*, nos tocará venerar al *indio santo*, aureolado con la tercera S de Don Bosco, de la cual había profetizado que no iba a escapar más!

¡Entonces sí, *Ceferino retorna!* Retorna a Roma, no ya para morir, sino para vivir en la inmortalidad.

Una nueva escala de Jacob.

Y a fe, que no le faltan gracias y milagros, que es la marca de Dios, para evidenciar su prodigiosa intervención a favor de los necesitados. Vamos a ofrecer como estímulo a nuestros lectores, la relación verídica de algunos favores extraordinarios del Siervo de

Dios Ceferino Namuncurá, sometiéndolos por supuesto al juicio de la santa Madre Iglesia.

A través de ellos, podemos afirmar que una *nueva escala de Jacob*, se ha levantado a los cielos, estando la extremidad inferior apoyada en la humilde capillita de Fortín Mercedes, que guarda celosamente el tesoro de los restos mortales de Namuncurá. Y la otra extremidad superior toca el trono del Altísimo, donde está de mediador nuestro buen Ceferino.

Por esa escala santa suben por manos de los ángeles las oraciones de los devotos de Ceferino, junto con sus promesas y acciones de gracias. Y bajan también por manos de los ángeles, las gracias y favores y milagros dispensados por intercesión del Siervo de Dios, para toda clase de personas, para toda clase de necesidades y casos aún los más difíciles, y para todos los lugares de la tierra donde ha arraigado su devoción. Por eso es que se ve su tumba continuamente concurrida de devotos, que a veces asumen el aspecto de verdaderas peregrinaciones.

1. - Del mismo Padre Pedemonte.

Desde hace doce años vine sufriendo de úlcera varicosa al tobillo izquierdo (enconada por errónea aplicación de medicamentos caseros). A fines de diciembre de 1947 hube de guardar cama, atendiéndome diligentemente el Dr. Juan Brasesco que ordenó la aplicación directa de aceite de bacalao, advirtiéndome que la reestructuración de los tejidos en una úlcera de unos

25 cms. cuadrados a la edad de 72 años, era una aspiración algo difícil de lograr.

Llevé los días de cama, profundizando el estudio del documental ceferiniano en mi poder y trazando acotaciones a la vida del Siervo de Dios, víctima de amor ofrendada a Dios por el bien de su raza.

El 18 de febrero llego a Fortín Mercedes, me someto a baños termales que en años anteriores me habían aliviado notablemente. Al décimo baño desmayo; la debilidad me desalienta y hago renunciamento a las acariciadas esperanzas, dejando todo en manos del Señor, no sin íntima pena.

El viernes 27, al verme renguear y apesadumbrado, un niño sencillo me dice:

—¿Por qué no le reza a Ceferino para que lo cure?

Efectivamente, me impresionó la fe y candor del pequeñín y me pareció imprudente no hacerle caso. En la alcoba oré:

—Buen Ceferino, no pido sino que me pongas en condición de poder trabajar por el nuevo Santuario de Nuestra Señora de la Guardia de Bernal y por tu Causa. Pónme en condición de poder cumplir.

El sábado 28 amanecí sin dolores, pude asentar el pie y caminar. La herida desapareció y rehecha la urdimbre de la piel deshilachada. No apliqué ningún remedio más. Pasaron ya nueve meses.

Bernal, 29 de noviembre de 1948.

N. B.: *El Padre Pedemonte sigue adelante con sus 80 años a cuestas, y con él siguen adelante las obras*

del Santuario de Bernal y la Causa de Ceferino Namuncurá, amén de la otra causa de la flor cordillerana, Laura Vicuña.

2. - Se había tragado una gillette.

El niño Ricardo Hernández, alumno del Colegio San Pedro de Fortín Mercedes, jugando con una hoja de afeitar, en un descuido se tragó un pedazo de gillette. (Año 1945).

Llevado de urgencia a la enfermería, se le hizo tomar dos tazas de aceite. Entre tanto se consultó al médico de la vecina estación de Pedro Luro, quien después de examinarlo, ordenó su inmediato traslado a Bahía Blanca.

Superiores y niños fueron a rezar a la tumba de Ceferino Namuncurá a favor del compañero infortunado, que llegó a Bahía Blanca esa misma tarde. Allí le sacaron dos radiografías, la segunda de las cuales acusó la presencia de la gillette en el estómago. Quedó internado en el hospital, prontos los médicos para una intervención quirúrgica.

En el ínterin llegó la mamá sumamente sobresaltada desde Villa Regina. Creyó llegar tarde; pero ¡cuál no fue su asombro y el de los facultativos, cuando comprobaron que felizmente había pasado todo peligro! El travieso niño estaba vivito y coleando... Ni rastro de gillette por ningún lado.

¡No por nada estaba bajo el alero de Ceferino Namuncurá!

3. - Testimonio de Wilfredo Parodi, coadjutor salesiano.

A principios de octubre de 1946 empecé a sentirme mal y con fiebre continua, por lo cual tuve que abandonar el Sur (Puerto Deseado, territorio de Santa Cruz) y trasladarme a Buenos Aires, donde me interné en el Hospital Italiano. Después de un mes se comprobó con análisis de sangre que mi mal era *fiebre ondulante*, vulgarmente llamada de Malta, y cuya característica, además de la enorme debilidad que ocasiona, es de atacar a los pulmones o a los huesos.

Perdido completamente el apetito, mis fuerzas empezaron a debilitarse de tal manera que de 75 kilos que pesaba, en poco más de un mes bajé a 57 kilos. Trasladándome de Buenos Aires a Córdoba, seguí aquí debilitándome hasta llegar a 53 kilos de peso. La extrema debilidad me ocasionó *granulía* en los pulmones y la fiebre era cada vez más intensa, pasando a veces los 40° grados. Cuanto remedio tomaba no me hacía ningún efecto. En Córdoba estuve en manos de tres buenos médicos, los cuales no lograron con los medios humanos de la ciencia aminorar el mal. Enviáronme entonces los Superiores a esta casa de salud de Alta Gracia, donde sufrí ataques de hígado muy fuertes y de una duración hasta de cinco horas, llegando estos ataques a ser casi diarios.

En estas duras condiciones me vino la idea de hacer una novena al siervo de Dios Ceferino Namuncurá. Le recé cinco padrenuestros, avemarías y glo-

rias, intercalando la siguiente oración: «Oh Ceferino: Don Bosco dijo: —Tened fe y veréis los milagros—; yo tengo fe que me concederás esta gracia de mi salud corporal».

Esta novena la empecé el 13 de febrero de este año 1947 y el mismo día por la tarde mi fiebre era treinta y siete grados y medio; al día siguiente no tuve fiebre, luego tuve un poquito, pero al fin de la novena estaba sin fiebre. Y así desde hace más de tres meses. Sentí que estaba curado y sin que el médico me lo pidiera me hice sacar una radiografía del tórax y fui a visitar al doctor Tomás de Villafañe Lastra, renombrado especialista de pulmones y fiebre Malta, y asimismo al doctor Malik Tehara, quienes comprobaron que mis pulmones estaban bien y que el mal había desaparecido. Según su expresión hubo: *Reacción asombrosa*.

Después de varios análisis, gracias a Dios y a Ceferino, se comprobó que estaba completamente curado. Una adecuada alimentación me hizo recuperar el antiguo peso.

Los médicos aseguraban que por lo general estas enfermedades duran mucho tiempo, y sin el auxilio divino no es posible una curación tan repentina y tan completa.

Hago pública esta gracia singular, a fin de que otros acudan en sus necesidades a este futuro santito que esperamos verlo pronto elevado al honor de los altares.

Alta Gracia 1° de junio de 1947.

4. - Ceferino me hace ganar un pleito.

En un pleito sumamente difícil que yo definiendo, mis adversarios en toda forma trababan el curso de la acción judicial. Cuando llegó el momento, le pedí a maná que rezara al santito Ceferino, prometiéndole el óbolo adjunto, si las cosas mejoraban; las que desde ese día comenzaron a arreglarse como por obra de prodigio; y gané lo que parecía perdido. Nada tan extraordinario he visto en mi actuación profesional, ni que se produjera a través de un cúmulo de circunstancias tan casuales y de ocurrencias súbitas, que transtornando los planes del adversario, se volvían en mi favor y beneficio.

Carlos A. Zwanck.

La Plata, 26 de diciembre de 1947.

5. - Salvada de la meningitis.

En junio del corriente año 1949, enfermé gravemente de meningitis, y a pesar de la atención y cuidado del médico llegó un momento que creía, y conmigo todos los que me rodeaban, que había llegado mi trance definitivo.

En momentos tan angustiosos invoqué al buen Ceferino y le pedí que me dejara vivir por mis cinco hijitos, todos tan pequeños todavía. No habiendo perdido el conocimiento, pedí a mi esposo la *estampita de Ceferino con la reliquia* y haciendo un gran esfuerzo la coloqué en la columna vertebral, que la

tenía rígida y con unos dolores tan espantosos que me impedían la respiración.

Así confiada en el buen Ceferino, me quedé dormida; y a la mañana siguiente al despertarme pude comprobar con emoción, que podía moverme, y que los terribles dolores habían desaparecido casi por completo.

Prometí entonces a Ceferino, si curaba bien, *visitarlo en su ermita de Fortín Mercedes*, lo que hice una vez que los médicos me lo permitieron, ya que no salían de su asombro al comprobar una curación tan repentina. Con esta publicación termino de pagar mi deuda con el santito, rogando a Dios para que pronto lo veamos sobre los altares, irradiando luz y gracias por todos los ámbitos del mundo y especialmente sobre su amada tierra de la Patagonia.

Elba R. de De la Fuente.

La Rioja, 30 de noviembre de 1949.

6. - El de «la pata santa».

Soy un humilde obrero de la Base Naval de Bahía Blanca. He nacido en La Pampa y debo confesar que hasta esta altura de mi vida no he conocido nada absolutamente de Religión y por lo tanto no podía creer en nada. Pero Ceferino Namuncurá me abrió también el camino para creer y practicar la religión cristiana.

El 19 de mayo de 1951 estaba trabajando con un camión en la Base Naval. Por un descuido me caí

del mismo, con tal mala suerte que tuve una lesión interna en la rodilla derecha. En el primer momento el dolor no fue muy grande; pero al llegar a casa la rodilla se me hinchaba y estaba muy dolorida. Esa noche no pude pegar ojo. Al día siguiente tuvieron que internarme en el Hospital Naval, y me llevaron así con la rodilla flexionada, porque no había caso de enderezarla. Fui revisado diligentemente por varios facultativos del hospital y se me sacaron varias radiografías.

Se me hicieron varios análisis y se labró la historia clínica de mi enfermedad. Dos veces fui enyesado: la primera vez durante 45 días, y la segunda, por 38, con un intervalo libre de 20 días.

Pero como el mal progresaba cada día más y los dolores se hacían cada vez más agudos, y casi no podía utilizar la pierna derecha, hice presente mi estado a la Junta Médica del Hospital Naval. Fui examinado una vez más. La Junta ordenó mi internación para el viernes 19 de octubre. Entretanto yo había llegado a conocer a Ceferino Namuncurá, el «Santito Criollo», y me había encomendado a él con una fe única.

El Dr. Carlos A. Solari me había invitado a acompañarlo a visitar la tumba de Ceferino. Fue entonces cuando la señora del Dr. Solari, al ver mi estado lastimoso, me invitó a encomendar mi caso desesperado a ese Siervo de Dios. Le objeté que yo no sabía nada de religión, ni creía en Dios, apenas si en Ceferino. Me proporcionó unos libritos y estampas de Ceferino que me decidieron a empezar una novena. Me sentí

impulsado entonces, a hacerle a Ceferino una petición y una promesa:

—Mirá —le dije en criollo al santito criollo— yo no sé nada de religión; pero si vos me curás de esta bendita pierna, te prometo que voy a empezar a creer y a practicar la Religión.

Desde aquel mismo día tomé la costumbre de leer con toda la fe posible, todas las noches, la oración a Ceferino. Yo leía la oración, y luego como no sabía rezar el padrenuestro, el avemaría y el gloria que prescribe el novenario, cerraba los ojos y ponía toda mi fe en repetirle mi pedido, prometiéndole mi conversión.

A todo esto, llegó el viernes 19 de octubre. Yo estaba al séptimo día de la novena. El hecho de tener que enyesarme por tercera vez, además de traerme muchos dolores y molestias, me traía como consecuencia inmediata el retiro de mi puesto de trabajo en la Base Naval, y la anulación casi completa de mi sueldo, por inválido. No desconocía que estaban hechos los trámites para mi retiro del trabajo. Esa mañana fui con el auto hasta el hospital y me arrastré con mi bastoncito hasta la sala de operaciones. Ese día había muchas intervenciones quirúrgicas y no me pudieron atender. Me citaron para el día siguiente, sábado. Así lo hice, pero luego me hicieron presente que si me enyesaban, pasaría hasta el lunes sin que nadie me atendiera, por ser domingo el día siguiente.

Volví a casa contento, pues veía alejarse cada vez

más la amenaza de la intervención. Temí que se hubiera llegado a la conclusión de que debía cortárseme la pierna.

A medida que perdía la fe en los hombres, crecía la esperanza en la intervención de Ceferino Namuncurá. Ya conocía bien su vida. Estaba en el octavo día de la novena. Esa noche recé con más fe que nunca. Durante la misma tuve un sueño.

Soñé que estaba atravesando lentamente, apoyado en mi bastón, el terreno baldío que se halla frente a mi casa. Allí jugaban al fútbol unos muchachos. Me invitaron a participar en el juego y sin más me pasaron la pelota. Arrojé el bastón al suelo y jugué con la soltura de mis años juveniles. A pesar de estar soñando, comprobé la ausencia total del dolor en la pierna y quedé extrañado sobremanera. Este sueño no fue más que un preludio de la realidad del día siguiente.

Al despertarme, mi señora me trajo como todos los días, unos mates a la cama y le dije a quemarropa:

—Ché, vieja, ¿sabés una cosa? anoche jugué al fútbol y no me dolía nada la pierna—. Y le conté el sueño.

Lo recibió como una broma y se retiró para ir al trabajo. Pero yo entretanto no sentía ningún dolor en la rodilla. La palpé y estaba deshinchada y normal. Sin embargo la doblé con mucho cuidado, como acostumbraba hacer siempre que bajaba de la cama y la saqué fuera. Me puse de pie con mucha aprensión y desconfiando de lo que me sucedía. Parecía

todo eso un sueño. Empecé a caminar lentamente esperando de un momento a otro la aparición de los dolores que no me habían dejado durante cinco meses. Cada vez empecé a caminar más expedito y sin ayuda de bastón o apoyo alguno. Sólo entonces comprendí que mi protector Ceferino me había hecho la gracia que le había pedido. Hice el aseo con toda rapidez, y para comprobar los efectos del milagro, fui a la cancha de pelota vasca a jugar unos cuantos partidos. Corrí, salté y sudé como nunca lo había hecho y con una alegría insólita. A todos los que me conocían como inválido les conté mi caso y no salían de su asombro.

Al día siguiente me recorrí en bicicleta la apreciable distancia que hay hasta el Hospital Naval, impaciente para que me revisaran y suspendieran los trámites de retiro del trabajo. Los doctores no atendían por ser feriado. No me dejaron pasar al Hospital, porque ese día era Junta de Ascendidos.

Volví finalmente el miércoles y me encontré en la calle con el doctor Cicchetti, quien se extrañó sobremanera y no quería creer y me decía:

—Vos, picarón, aguantás el dolor y venís en bicicleta para que no te enyeseamos otra vez.

Me hicieron entrar en la sala y se extrañaron al verme caminar muy suelto. Les dije que era Ceferino Namuncurá que me había curado.

A pedido mío insistente, examinaron la rodilla y comprobaron que estaba completamente sana. Ese

mismo día el doctor Cuenca procedió a una minuciosa radioscopia, y diagnosticó mi completa curación.

Ya han transcurrido casi tres meses, y desde aquel instante no he vuelto a sentir dolor ninguno. A todos les cuento mi caso y me he transformado en apóstol de Ceferino. A todos los *rengos* que encuentro les doy estampas con la oración para que la recen. Ya todos me conocen por el de la «pata santa».

El 9 de diciembre viajé a Fortín Mercedes en compañía del doctor Solari para dar gracias a mi querido Protector, allá en su tumba. Llevo siempre el *distintivo* de Ceferino en mi solapa. Su imagen campea en mi hogar y espero que me ayude ahora a cumplir la promesa que le hice.

Todos los domingos frecuento la iglesia con mi libro de oraciones y por ahora rezo como puedo. Las buenas Hermanas del Hospital me están instruyendo y espero pronto casarme por la iglesia, hacer la Primera Comunión junto con mi señora y practicar todo lo que me pide la religión.

—Y a ti, mi querido «Santito Criollo», ¡muchas gracias! De hoy más seré tu fiel devoto y el más entusiasta propagandista de tus virtudes y de tu valiosa intercesión en favor de los que te invocan.

(Firmado): *Ramón Thus.*

Enero 14 de 1952.

D. M. A. C. T.

INDICE

	Pág.
A los cincuenta años	3
I. — Calfucurá	5
II. — Namuncurá	12
III. — El final de la dinastía de los Piedra	19
IV. — Los sueños de Don Bosco	26
V. — Líneas convergentes	33
VI. — El buen Ceferino	40
VII. — En Buenos Aires	47
VIII. — En Viedma	57
IX. — Rumbo al viejo mundo	69
X. — En Turín	79
XI. — En Roma	86
XII. — Poder de intercesión	97

Este libro se terminó de imprimir el 12 de abril de 1955, en los talleres del Instituto Salesiano de Artes Gráficas, Don Bosco 4053, Buenos Aires

11 de mayo de 1955

Cincuentenario de la muerte de

CEFERINO NAMUNCURA

« El Lirio de la Patagonia »

Centros

Ceferinianos:

para pedidos, relación de gracias, limosnas, estampas, reliquias, informaciones, etcétera, dirigirse a:

Rmo. P. **Carlos Pérez:** Viejtes 150, BAHIA BLANCA, F. N. G. R.

R. P. **Luis J. Pedemonte:** Colegio N. Sra. de la Guardia, BERNAL, F. N. G. R.

R. P. **Luis Cencio:** Calle Piedras 1565, BUENOS AIRES.

R. P. **Luis M. Galli:** Colegio Salesiano de Fortín Mercedes, PEDRO LURO, F. N. G. R.

o a cualquier otro Colegio Salesiano.

Contribuya a la Causa de Beatificación y Canonización del PRIMER SANTITO AMERICANO

PARA USO PARTICULAR SIN FIRMAS